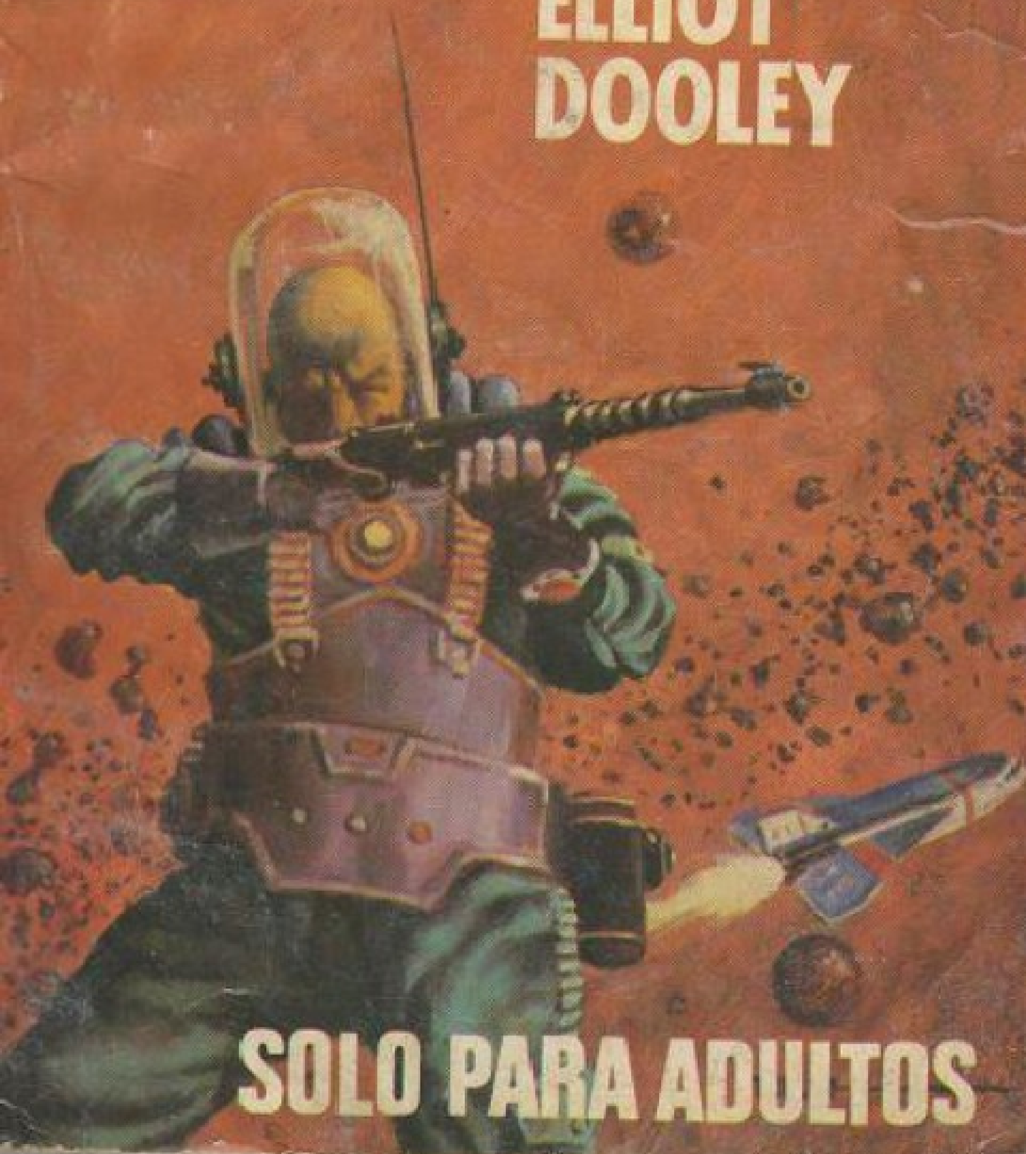
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

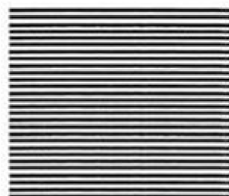
ALERTA ROJA

ELLIOT DOOLEY

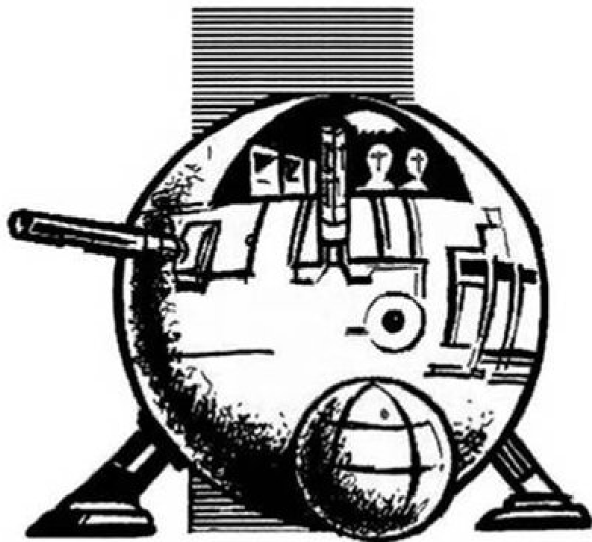


SOLO PARA ADULTOS

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>



héroes del ESPACIO



ECSA

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

71— *El árbol deacero*, Trevors Sanders
72— *El síndromede Thanatos*, Elliot Dooley
73— *Miedoal Supéremele*, Ralph Barby
74— *El secuestro del «Columbia»*, Rocco Sarto
75— *Mutación crítica*, Law Space

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

ELLIOT DOOLEY

ALERTA ROJA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 76
Publicación semanal

<**s_a_l_t_o***d_e***p_a_g_i_n_a**>

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 23.886-1981
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

Ashcof miró fijamente y por largo rato, aunque lo que estaba observando distaba mucho de ser algo interesante.

Una pequeña mancha de luz, violácea, con irisaciones.

En el primer momento Ashcof pensó que los parpadeos del punto luminoso eran debidos a las distorsiones originadas por los cuatro segmentos de sustentación del visor astral.

«Posiblemente —se dijo—, debe tratarse de una aberración óptica a menos que haya algo moviéndose en el campo de visión.»

Ashcof apartó la cara de la pantalla del visor y se frotó los ojos. Parecía terriblemente cansado y alrededor de sus ojos se hacían más pronunciadas las bolsas que le daban un aire de viejo prematuro. Eso le disgustaba mucho porque le obligaba a gastar más créditos de los normales a la hora de pagarse una compañía placentera.

Gruñó algo entre dientes y volvió a mirar la pantalla del visor astral. El objeto luminoso parecía haber crecido de tamaño. De un modo instintivo, Ashcof, se volvió hacia el panel de controles y echó una ojeada a los registros de velocidad y distancia. Los datos eran tos normales.

Todo era normal, en apariencia.

Sin embargo, el punto de luz crecía en tamaño como si la distancia que le separaba de la astronave ***Erid-Gamma 103*** hubiese disminuido en casi dos años luz.

Esto, habida cuenta tos registros de velocidad y distancia, era completamente absurdo.

Ashcof se encogió de hombros y murmuró:

—¿Hay algo que no sea absurdo en esta cochina galaxia? Lo normal de la nuestra resulta aquí extraño.

El observador de la astronave volvió a concentrarse en su tarea,

a regañadientes. Su labor se hacía problemática en momentos como aquél, pese a todos los medios de que disponía. Los mejores que se habían reunidos en una nave de exploración.

Ashcof estaba de mal humor desde que la ***Erid-Gamma 103*** había entrado en aquella galaxia, distante siete años luz de Eta Casiopea. Pero la causa de su malestar no se cifraba sólo en tos problemas con que estaba tropezando a la hora de realizar su trabajo, sino sobre todo por la comezón, molesta y turbadora, que la causaba la proximidad de su ayudante.

Eso había empezado hada un par de semanas.

En realidad dio comienzo cuando sorprendió a Sanda, mi ayudante, frotándose al capitán Tane, portándose con éste como una gata en celo, mordiéndole —más que besándole— con avidez de hambrienta.

Recordando aquella escena, Ashcof rezongó:

—Repelente...; ella sobre todo. A fin de cuentas él no hacía más que aprovechar la ocasión, su oportunidad.

Ashcof hizo una mueca de disgusto cuando, sincerándose consigo mismo, se dijo que lo más molesto del asunto era que él hubiese dado cualquier cosa, veinte mil créditos al menos, por ocupar el puesto del capitán Tane.

El observador se pasó una mano por la frente como si con este gesto pudiera alejar aquellas ideas perturbadoras.

Estaba sudando, tanto o más que si estuviera en el solarium bajo los focos de rayos ultravioletas.

Rezongando algo ininteligible, volvió a concentrar su atención en el punto de luz, que seguía creciendo —incomprensiblemente— en la pantalla del visor astral.

—Esto ya no hay quien lo entienda.

Una voz a sus espaldas le indicó que ya no estaba solo en el departamento.

—¿Qué es lo que no entiendes, Ashcof?

Sin necesidad de volverse, el aludido supo que su ayudante acababa de entrar.

—Esto —dijo, señalando al punto luminoso de la pantalla.

—¿Una estrella?

—¡Y yo qué sé!

El observador había respondido con inhabitual brusquedad.

Sanda le miró extrañada, pero, comprendiendo que él no estaba en su estado normal, se abstuvo de hacer ningún comentario.

El silencio de su ayudante movió a Ashcof a añadir:

—Nada de lo que encontramos en esta galaxia corresponde a lo predicho por el profesor Scopp. Cuanto anunció al dirigirnos a esta zona se produce al revés.

—¿Dudas de la capacidad de Scopp?

—De él no.

—¿Entonces?

Ashcof volvió a encogerse de hombros.

—Sé que es uno de los mejores científicos que trabajan en la exploración galáctica, pero… las cosas no funcionan como deberían. No se lo achaco a él claro; no es cuestión suya, pero….

El observador hizo una pausa, quedando ensimismado con la mirada fija en la pantalla del visor.

—Antes hubiese jurado que se trataba de una estrella. Ahora se inclino a pensar que se trata de un planeta provisto de una atmósfera que actúa como un espejo reflectante.

—¿atribuyes a eso su luz?

—los dato que nos proporciona la computadora no me dejan lugar a que piense otra cosa. Y sin embargo…..

—Sin embargo, ¿Qué?

—No entiendo otras cosas.

—¿Cuáles?

—Se mueve hacia nosotros, pero no porque hayamos irrumpido en su órbita, sino que da la impresión de que su traslación en el espacio está dirigida.

—¿Una nave?

—¡Oh, no! ¡Eso hay que descartarlo por completo!

Sanda quedó desconcertada a su vez y miró a su jefe expectante, inquisitiva, deseosa de que él dijera algo más. Pero el observador había vuelto a centrar su atención en la pantalla del visor y no parecía interesado en seguir hablando.

—Ahí esta… —murmuro Ashcòf al cabo de unos instantes—. Cada vez más cerca, mostrándose a nosotros como una forma ambigua, en cierto modo amenazante.

—¿Amenazante dices?

—Bueno —rectifico él—. También podría haber dicho que

resultaba prometedora. Una vez más se encogió de hombros, trasluciendo así su enorme perplejidad.

—Lo cierto es que cuando se avista un planeta, un mundo del que se ignora todo, lo mismo puede ofrecer un aspecto atrayente y ser una amenaza para nosotros, que mostrarse bajo una forma repulsiva y ser todo lo contrario.

—¿Que piensas hacer?

—Lo primero será notificar al comandante Husz la existencia de ese mundo, informándole de las circunstancias extrañas que se han producido desde que apare cio en el visor astral. Luego pedir una verificación de datos para ver qué es lo que no funciona.

Los bonitos ojos de Sanda parpadearon de tal forma que a él le parecieron alas de mariposas.

—¿A qué te refieres cuando dices que hay algo que no funciona?

—Verás, debe de tenerse en cuenta que desde nuestra entrada en esta galaxia se ha producido lo que ya te indique antes: todas las teorías del profesor Scopp se han ido por los suelos, y eso, indudablemente, representa un problema grave. Pero lo peor es que al iniciar nuestras observaciones, cuando detectamos que entre ellos no podía haber ningún planeta, ni siquiera un gigante gaseoso. Y sin embargo….., contra toda predicción y cálculo, ahí está.

Las últimas palabras las pronuncio el observador apuntando con el índice a la pantalla del visor.

—¿Has hablado de ello con Scopp?

El observador hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y qué dice? —Insistió Sanda.

—¿Qué quieres que diga? ¡Nada! ¡Está tan desconcertado o más que yo mismo!

Los dos miraron al mismo tiempo a la pantalla, en la que podía apreciarse cómo el planeta, objeto de tanta controversia, seguía creciendo a pasos agigantados, o como si la nave ***Erid-Gamma 103*** avanzara hacia él a toda velocidad reduciendo la distancia que les separaba a una aceleración casi lumínica.

Un planeta que, en palabras de Ashcof, podía ser una esperanza para los terrestres, o una amenaza.

* * *

El profesor Scopp iba revisando todos los datos suministrados por la computadora central dé la astronave. Su actitud era la de un

hombre totalmente desconcertado. Igual que si viendo el sol cara a cara, la máquina electrónica, el cerebro central, cuyos datos eran irrefutables y desoladoramente exactos, dieran acogida a una serie de errores cuya acumulación daba unos resultados tan contradictorios que hacían vacilar la razón del científico.

Scopp había actuado en la forma habitual, haciendo lo que debía, como siempre.

Y sin embargo las cosas se producían de una manera totalmente opuesta a lo habitual.

Al recibir de Ashcof la notificación de la presencia de aquel extraño punto luminoso, que si primero les pareció una estrella sabían ya que era un planeta, pasó los datos a la computadora central de ***Erid-Gamma 103*** para conseguir la más amplia información.

Por lo general cuando se hacía un descubrimiento como aquél el cerebro electrónico detallaba ampliamente las referencias de acuerdo con la programación preestablecida procediéndose luego a las comprobaciones rutinarias para dejar constancia de las características del planeta en cuestión y proceder luego a tomar las oportunas decisiones.

Eso era lo normal, pero no lo que había empezado a suceder y se producía en relación con aquel extraño mundo.

Lleno de asombro, al recibir los datos informáticos de la computadora, Scopp significó la posibilidad de un error.

La máquina protestó —¿irritada?— como si no aceptara la insinuación del científico, reafirmando con más datos los anteriores y dando un carácter más extrava— gante a los resultados así conseguidos.

Scopp insistió.

La sorpresa del científico no hizo sino crecer hasta límites inverosímiles.

Los resultados continuaban siendo tan extravagantes como antes, o quizás fuesen aún más contradictorios.

Ni siquiera la intervención de su más eficiente colaboradora, la profesora Dunia, aportó ninguna otra perspectiva o luz al tema.

Ella repasó concienzudamente los datos obtenidos hasta entonces e hizo algunas verificaciones por su cuenta, buscando por otros caminos, pero al final tuvo que rendirse también a la

evidencia y llegar a las mismas conclusiones que Scopp.

—No sé qué decir, profesor. Estoy francamente desconcertada. ¡Todo esto es muy extraño!

Scopp hizo una mueca de disgusto.

—Extraño es una palabra demasiado suave para lo que está ocurriendo. Absurdo y desconcertante resultaría más apropiado y justo. Y eso es, precisamente, lo que me inquieta.

Ella le miró expectante.

—¿Qué piensa hacer ahora, profesor?

—No lo sé. Esa es la verdad. Estoy como un estudiante de primer curso al que de pronto hubieran metido en un laboratorio y abandonado a su suerte sin darle ninguna explicación.

—Pero algo habrá que hacer —insistió Dunia.

—Sí, claro— atejo Pero ¿qué? ¡Ese es el ***quid*** del asunto!

Al fin, como si adoptara una solución de emergencia, el profesor Scopp musitó:

—Hablaré con el comandante Husz y le propondré que se celebre una reunión de alto nivel, convocando a todos los mandos de la ***Erid-Gamma 103.***

—¿Y cree que eso surtirá algún efecto?

Scopp volvió a responder con una mueca al tiempo que hacía un movimiento negativo con su cabeza cana.

—No creo que de esa reunión pueda salir nada aprovechable. Supongo que será como casi todas las de ese estilo, que saldremos con la cabeza caliente y los pies fríos.

—Entonces, si lo piensa así, ¿para qué perder el tiempo celebrándola? Scopp sonrió paternal.

—Usted es todavía muy joven, profesora. Tiene mucha vida por delante, y por lo tanto, también mucho que aprender.

—No le entiendo...

—Lo sé, profesora Dunia. Y no me sorprende. El hizo una breve, brevísima pausa, para añadir después:

—Con esa reunión de alto nivel sólo pretendo que la responsabilidad de cualquier cosa que pueda ocurrir no sea sólo mía. ¿Lo entiende ahora?

Dunia le miró sorprendida. Captó una sonrisa irónica en los agrietados labios de su jefe y vio el destello malicioso que brillaba en sus ojos.

—Sí, ahora sí le comprendo, profesor.

—Bien. En ese caso quédese aquí, de permanencia, mientras voy a hablar con Husz.

El profesor apuntó su controlador a la compuerta, que se deslizó por dentro del panel para que él saliera, volviendo luego lenta y silenciosamente a su posición anterior.

CAPITULO II

—Todo indica que ese planeta tiene atmósfera, agua y, por lo tanto, también vida.

El comandante Husz había soltado la parrafada con su habitual pomposidad, más propia de un orador en la tribuna parlamentaria que de un oficial terrestre al mando de una nave de exploración.

Husz no se fijó en el guiño de inteligencia que cambiaban entre sí el destructor Byw-Wall y el jefe técnico Xuaron. El profesor Ashcof sí lo vio, pero hizo caso omiso de ello, dado que él compartía con los demás sus opiniones acerca del arribismo y ambición de su nuevo comandante.

Scopp carraspeó a fin de atraer hacia él la atención de los demás y, apostillando las palabras de Husz, dijo:

—Tras la verificación de los datos suministrados por la computadora central, si bien hemos llegado a esa conclusión, debo indicar también algo que no deja de ser importante.

—Explíquese, profesor —le invitó Husz con aquel aire condescendiente que adoptaba siempre que hablaba alguien a quien consideraba como un subordinado suyo, aunque se tratara de alguien tan eminente como Scopp.

—Bien, comandante. Me refiero a que los sondeos efectuados a distancia y la exploración electrónica señalan que si bien hay claras manifestaciones de vida en ese dichoso planeta, no encontramos nada que corres-ronda con la animal aunque sí se dé la vegetal.

—¿Quiere decir que no hay vida inteligente?

—Eso es obvio, comandante. Si no hay vida animal...

Scopp se giró hacia el destructor Byw-Wall, que era quien había hecho el sarcástico comentario.

—No tan obvio, amigo —dijo rectificándole—. La inteligencia no

necesita de un soporte animal o vegetal. Según las investigaciones realizadas por Lian-Shercovi puede darse también en elementos metálicos o minerales.

Byw-Wall soltó una risotada, que hizo estremecer su enorme mole corpórea.

—¡Vamos, profe! ¡Usted bromea!

—Nada más lejos de mi ánimo.

—¿Pretende que me trague eso de que una piedra o un trozo de acero puede ser inteligente? —bramó mirando con estupefacción al científico.

Sin perder ni un ápice la calma, Scopp replicó igual que si todavía estuviera en el Centro de Estudios Astronáuticos dando clase a sus alumnos y uno de éstos le hiciera preguntas o comentarios absurdos.

—Yo no pretendo que usted se trague nada. Eso lo primero, Byw-Wall. Lo segundo es que no he nombrado para nada el acero ni he dicho que pudiera darse la vida en cualquier mineral.

El profesor hizo una leve pausa, sintiendo que la atención de todos los presentes se centraban en él. Volvió a carraspear y luego se expresó con claridad:

—Manifesté que según las teorías de Lian-Shercovi, las que yo tampoco he dicho si comparto o no, la vida animal o vegetal no son soportes imprescindibles para la inteligencia, tal y como nosotros la entendemos. A esto he de añadir que ninguno de los aquí presentes, y con mayor motivo ningún terrestre, conocemos otra forma de inteligencia que la que nos es propia. Eso no obsta para que existan otras. Y lo mismo podría decirse de la naturaleza de los animales, vegetales o minerales que podemos encontrar en esta o en otras galaxias. La verdad es —añadió con un suspiro— que es más lo que ignoramos que lo que sabemos.

La cara de Byw-Wall —que parecía haber sido esculpida en una roca berroqueña— expresó un tremendo desconcierto.

—Entonces…, según eso…, en ese mundo… podemos encontrarnos con cualquier cosa.

¿Es eso, profe? Scopp sonrió comprensivo.

—En efecto, amigo. Como dijo un poeta científico «todo es posible en el universo». Y cuando él dijo todo quería decir eso precisamente: ¡Todo!

Un súbito silencio acogió la última palabra del profesor, coya capacidad nadie allí podía poner en duda. Ni siquiera el arribista y ambicioso comandante Husz.

El destructor frunció ominosamente el ceño y encarándose con su jefe superior, preguntó:

—¿Ha decidido ya algo, señor?

—*En* quésentido? —pregunto Husz a su vez.

—En si va a efectuarse una exploración directa de ese maldito mundo, al que ni siquiera hemos dado aún unnombre clave de referencia.

El comandante aprovechó la última indicación para ganar tiempo antes de responder a la pregunta que acababa de serle formulada.

—Es cierto eso, Byw-Wall.

Y, volviéndose al profesor, añadió:

—¿Cómo es que no tenemos un nombre de referencia para ese planeta? Scopp se encogió de hombros al responder.

—Me pareció que era más importante identificar la naturaleza del planeta y sus características peculiares que entretenerme en buscarle un nombre, pero si le parece que sin eso no se puede operar debidamente propongo como referencia la clave correspondiente a su situación en la galaxia.

—¿Y esl —Coordenadas de estabilidad respecto a Eta Casiopea en la elipse ZW-107, con una contracción de 1.002 unidades de Lorenz.

Husz hizo un gesto de impaciencia.

—Eso no es ningún nombre.

—En efecto, no lo es —corroboró el observador Ashcof— y dudo que pudiéramos establecer informes cómodamente con toda esa referencia. Se necesita algo más corto y significativo.

—Bueno. En ese caso —indicó Scopp—, ¿qué tal si lo llamamos ELIP-1.002?

Los otros se miraron con la misma satisfacción que si hubieran descubierto un mundo habitable.

El comandante resumió el pensar de tocios.

—Conforme con el nombre clave.

Apenas se hubo expresado así, Byw-Wall volvió a la carga respecto a lo que a él le preocupaba.

—¿Qué me dice ahora, comandante? ¿Se efectuará una exploración directa de ELIP-1.002?

Husz había tenido ya tiempo más que suficiente para tomar una decisión y, sin vacilación alguna, respondió:

—La haremos. Dadas las circunstancias creo que es lo más necesario. Hay que verificar ***in situ*** las particularidades de ELIP-1.002, ya que nuestra computadora no es capaz de damos todos los datos necesarios y que los proporcionados resultan contradictorios. Ante el fracaso de la máquina se impone la observación personal.

Byw-Wall se puso inmediatamente en pie.

—¿Adónde va? —le preguntó el comandante.

—A tomar las medidas necesarias, señor. Y, señalando al científico, añadió:

—Después de lo que antes nos dijo el profe creo que debemos prevenirnos y estar dispuestos para enfrentarnos con cualquier cosa. ¡Con todo!

Husz soltó un bufido, que sonaba a aprobación. Al mismo tiempo también él se puso en pie.

—Conforme, destructor. Tome todas las medidas que le aconseje la prudencia, y conste que le felicito por esa actitud. Estoy de acuerdo en que vale más prevenir que curar. Tiene mi permiso para obrar adelantándose a las circunstancias. Obre, pues, en consecuencia.

Byw-Wall saludó con rigidez castrense y giró sobre sus talones para encaminarse a la compuerta de la sala de reuniones, en tanto que el comandante de la nave se volvía a mirar a Xuaron, cuya actitud denotaba que estaba aguardando órdenes.

—Respecto al rumbo a seguir… —empezó a decir Husz.

—Ya imagino cuál quiere que se establezca, comandante —atajó el jefe técnico—. Hay que situar a la ***Erid-Gamma 103*** en la órbita del planeta para poder contactar fácilmente a través del envío a la superficie de un equipo de exploración.

—Exacto, Xuaron —dijo el comandante, complacido —.Parece como si usted me hubiera adivinado el pensamiento. Eso es precisamente lo que iba a decirle".

El jefe técnico de la astronave esbozó una sonrisa, en la que sólo el profesor Scopp descubrió lo que había de burlón en ella. Pero

antes de que él pudiera ¿rizarle una mirada de advertencia, ya Xuaron replicaba en tono ácido:

—Mi experiencia como navegante y explorador astral tiene que servirme para algo, señor. No sólo para adornar con galones o medallas mí uniforme. Tenga presente que ésta no es, ni con mucho, la primera expedición en que participo.

Al oírle, el comandante puso cara de pocos amigos.

Husz captó perfectamente que en aquellas palabras del jefe técnico había una poco velada alusión a su persona, ya que él, siendo el comandante de la sofisticada y perfeccionada ***Erid-Gamma 103,*** era la primera vez que salía de su galaxia en misión de exploración.

Dándose cuenta de que entre los dos hombres acababa de producirse una situación de tensión y tirantez, y queriendo quitarle hierro al asunto, Scopp se apresuró a mediar entre ambos.

—Muy bien, caballeros —les dijo—. Me parece que en las próximas horas todos nosotros tendremos mucho que hacer. Sugiero que cada cual regrese a su departa— mento y se inicien ya las tareas preliminares para llevar a cabo una investigación directa en la superficie de ELIP:1.002.

Husz gruñó algo ininteligible, como si le costara resignarse a no decir a su técnico lo que tenía en mente, pero, comprendiendo que nada práctico ganaría con ello, optó por seguir la sugerencia del profesor y dio su consentimiento, cancelando así la reunión de alto nivel.

Arrellanado en su confortable asiento, Jen-Absey I abrió los circuitos de comunicación del cohete auxiliar.

—Aquí piloto de EG-1 llamando a control. ¿Me recibís con claridad?

La voz del propio Xuaron llegó hasta él nítidamente.

—Con toda claridad, EG-1. ¿Todo dispuesto a bordo?

—Sí, señor. Cada uno de los componentes de la expedición está ya debidamente instalado. Lo he verificado antes de abrir los circuitos de comunicación, pero si lo desea puede hablar con ellos y comprobarlo por sí mismo.

—No es preciso. Gracias, Jen-Absey.

—Solicito, pues, permiso de salida.

—Permiso concedido, pero mantenga siempre abiertos todos los

canales de comunicación para soslayar cualquier posible emergencia.

—Comprendido, señor. Así se hará.

Después de eso y, sin cortar los circuitos tal como acababa de ordenársele, Jen-Absey accionó el mando de propulsión.

El cohete auxiliar EG-1 empezó a moverse con su propia energía, alejándose de la astronave con rumbo al planeta que debía ser explorado.

En la cabina de mandos, Jen-Absey escuchaba el rumor habitual, un persistente pero vago zumbido, transmitido a lo largo de las planchas del cohete, producido por el poderoso torrente de radiación que impulsaba al vehículo espacial.

Jen-Absey estaba atento a la trayectoria que seguía el cohete al dirigirse hacia la órbita elegida por la computadora central de la ***Erid-Gamma 103***. Después tendría que situarse en ella y efectuar un primer reconocimiento de la superficie del planeta a fin de seleccionar el lugar más idóneo para el descenso.

Al piloto no le asustaba el intervalo que se produciría cuando abandonara la órbita e iniciase la caída libre y entrar en la zona atmosférica de aquel planeta. Sin embargo, a medida que se aproximaba a ELIP-1.002, una extraña sensación, como de náuseas, se estaba apoderando de él.

Una sensación semejante la tuvo cuando efectuó su primer vuelo espacial y pasó de la permanencia en órbita a la caída libre, pero en este caso aún no había iniciado la última maniobra de aproximación. ¿A qué se debía, pues, aquella sensación?

Instintivamente, Jen-Absey observó la superficie del planeta que estaba a la vista.

—Parece una esponja gigantesca —rezongó—. O quizá le vendría mejor lo de una piedra pómez de gran tamaño.

El piloto hizo una mueca y añadió entre dientes: —Y los sabelotodo como Scopp dicen que en un sitio como ése puede haber vida inteligente… ¡Debe habérseles reblandecido el cerebro a esos tiparracos!

Apenas terminó de hacerse a sí mismo aquellas consideraciones cuando observó que estaba llegando ya a la zona orbital seleccionada por la computadora central.

Jen-Absey programó el vuelo de reconocimiento en órbita y

dispuso al mismo tiempo los visores de forma y manera que se efectuara una transmisión simultánea tanto al computador del EG-1 como a la central de la ***Erid-Gamma 103.***

Efectuado este trabajo y mientras el cohete auxiliar aumentaba la aceleración al entrar en órbita, Jen-Absey dio cuenta al control de su situación y de la próxima maniobra a realizar.

—Avistada una zona en la superficie de ELIP-1002. Detectada agua y algunas plantas en ella. Voy a iniciar la caída libre para tomar tierra.

—Correcto, EG-l. Mensaje recibido. Adelante.

—Gracias, control. ¡Ahí voy!

Y, después de aquella exclamación, el piloto del cohete auxiliar accionó los mandos para acrecentar la aceleración e iniciar la caída libre.

La superficie de ELIP-1.002 estaba cada vez más cerca. Más cerca…

CAPITULO III

El cohete permanecía inmóvil en una superficie arenosa, hecha como de grava. Varios de sus tripulantes habían salido de la nave auxiliar y empezaban a recorrer la zona. Jen-Absey continuaba todavía en la cabina de mandos transmitiendo al puesto de control sus primeras impresiones respecto al planeta que acababan de abordar.

—Brukialzer ha ido a examinar el arroyo, que está sólo a una veintena de metros. Allí es donde hemos avistado algunas plantas por lo que, como botánico que es, tendrá algo en que ocuparse.

—¿Qué hace Anthers? —le preguntó el oficial de control. El piloto miró al exterior y se encogió de hombros.

—Se ha ido con Brukialzer, pero dudo que un zoólogo tenga nada que hacer en este sitio. Aparte de las plantas cercanas al arroyo, todo lo demás está más muerto que mi bisabuela.

A los oídos de Jen-Absey llegó la risa provocada por su comentario. Pero también la voz seca y tajante del jefe técnico Xuaron, que cortó la expresión de hilaridad de los hombres del control.

—¿Me recibe, EG-1?

Jen-Absey tragó saliva al oír que Xuaron se dirigía a él.

—Sí, Con toda claridad.

—Bien. Entonces, también con claridad le diré que no haga más comentarios inoportunos. Y añadiré que en vez de estarse ahí, de brazos cruzados, debería estar al lado de Brukialzer y Anthers por si necesitan algo.

El piloto tragó saliva con más dificultad y respondió casi en un balbuceo.

—Me quedé para continuar transmitiendo, señor.

—Eso puede hacerlo cualquiera de sus hombres.

—Sí, señor. Desde luego, señor.

El nombre se puso en pie, notando que no tenía muy seguras sus rodillas. Y añadió:

—Dejaré aquí a mi ayudante y me reuniré con los investigadores en el arroyo.

—De acuerdo. Y continúen las transmisiones. Se necesita estudiar el máximo de datos que puedan conseguirse.

Jen-Absey se mordió el labio, pero no replicó. Lo que hizo fue apresurarse a llamar a su ayudante, confiarle la continuidad en las transmisiones con la ***Erdi-Gamma 103,*** y salir del cohete auxiliar para reunirse con los que, en las proximidades del arroyo, habían iniciado los trabajos de investigación.

* * *

—El jefe Xuaron me ha encargado que no me separe de ustedes y que no se aleien demasiado del EG-1.

Mientras no sepamos qué se puede encontrar aquí hay que extremar las precauciones.

El botánico Brukialzer alzó la cabeza mientras recogía una muestra de hoja, de una de las plantas que crecían junto al arroyo.

—En lo que a mí respecta —dijo guardando la muestra en uno de los porta objetos de su carterón— aquí tengo bastante para iniciar mi trabajo. He encontrado varias especies que me parecen de la familia de nuestras pteridofitas o criptógamas fibrosovasculares.

El piloto puso cara de comprensión, aunque la verdad era que aquello le sonaba a una lengua tan muerta como el latín.

—Me parece muy bien, amigo Brukialzer.

El botánico se esponjó de satisfacción creyendo que el otro le estaba de veras felicitando y eso le llevó a mostrarle otra de las muestras que había recogido, diciendo con tono pomposo:

—Fíjese en esto, Jen-Absey.

—Ya lo hago —rezongó el piloto—. ¿Qué es?

—¿Cómo? ¿No lo reconoce? —Se extrañó Brukialzer, aunque rectificó enseguida, diciendo—: Disculpe. Olvidaba que usted no es botánico como yo.

Luego, acercando la muestra a la cara del piloto, agregó:

—Es una parte del envés de la planta donde están los esporangios. Espero que encontraré algunas esporas y podré

determinar cuál es su sistema de reproducción, aunque de todas maneras quisiera seguir buscando un poco más por si encuentro algún prótalo, o una oosfera, de la que proceden las plantas adultas, las cuales, dicho sea de paso, parecen brillar aquí por su ausencia.

Jen-Absey creyó percibir un matiz de desconcierto en la voz del botánico y preguntó:

—¿Significa algo malo eso?

—En realidad no lo sé —confesó el investigador—, ya que aún no he podido determinar las características y peculiaridades de estas plantas dentro del medio am— biente de ELIP1.002.

Aquello tranquilizó relativamente al piloto, que, volviéndose hacia el zoólogo, inquirió:

—¿Y usted? ¿Qué tal va con su trabajo?

Anthers soltó un bufido que expresaba su malhumor.

—No he encontrado nada... todavía.

—Pero ¿espera dar con algo?

El zoólogo respondió con gesto afirmativo.

—Es absurdo —dijo mirando casi con rabia a su más afortunado colega— que se den manifestaciones de vida vegetal y no haya ninguna muestra, ni indicio de vida animal.

Jen-Absey comprendió que entre los dos hombres se estaba produciendo una cierta rivalidad que podía degenerar en tensiones y, con el propósito de evitarlo, indicó al botánico:

—¿No cree que debería llevar sus muestras a la nave y dar comienzo a las verificaciones?

—Sí, quizá sea lo más conveniente.

—Recuerde que nuestro computador permanece en continuo contacto con la computadora central. Imagino que eso será de gran ayuda para usted, ¿no?

—En efecto. ¿Cómo se me olvidaría eso?

Y, tras darse una palmada en la frente, Brukialzer enderezó el cuerpo dejando de recoger muestras para ir al cohete auxiliar y proceder al estudio de las que ya tenía en su poder.

* * *

Mientras paseaba por aquella especie de desierto pedregoso, Jen-Absey recordaba las últimas experiencias que le había tocado vivir y le habían llevado a formar parte de la tripulación del la ***Erid-Gamma 103.***

Un acto reflejo, establecido en él por la educación recibida en el Centro de Preparación Galáctica, le hizo describir un amplio semicírculo en torno al cohete auxiliar, llegando así a un terreno que parecía estar formado por enormes rocas erosionadas por el tiempo, o quizá por el agua.

Jen-Absey miró en torno, pero no encontró indicio alguno de más agua en las proximidades.

—Tiene que haber sido el viento la causa de esas erosiones que parecen haber agusanado las piedras.

Aquello de «agusanado» le hizo sonreír.

—¡Cuánto daría Anthers porque fuera cierto eso de los gusanos! Seguro que le haría una ilusión enorme dar con algún bichejo de cualquier clase que fuese.

Pensando en ello, sin dejar de sonreír, el piloto reanudó su paseo en dirección a la zona en que había dejado al zoólogo.

Anthers se irguió en cuanto le vio acercarse.

—¡Venga, pronto!

—¿Ha descubierto algo? —Preguntó el piloto apretando el paso —. ¿Hay vida animal?

Anthers tenía la pose de un descubridor cuando mostró al piloto la muestra que acababa de recoger.

—No sé aún si todavía existe, pero sí puedo asegurarle que por lo menos han vivido animales de sangre caliente en estos lugares.

—¿Está seguro de eso?

—¡Naturalmente! —exclamó Anthers agitando ante el piloto aquella muestra—. Fíjese en esto. ¡Es una neurona fosilizada! " —¿Y...?

—Le diré más cuando haya reconocido la zona con más amplitud. De momento ya tengo la certeza de que hay, o por lo menos hubo, vida animal. En el primero de los casos convendrá localizarla. En la segunda hipótesis será preciso descubrir cuál es la causa de que de este planeta desapareciera la vida animal.

Jen-Absey recordó en ese momento su impresión al ver aquellas rocas que parecían agusanadas. Estuvo tentado por callar y no revelar su absoluta ignorancia *sobre* el tema, pero se sobrepuso su sentido del deber e informó de ello al zoólogo.

Los ojos de Anthers brillaron al oír al piloto y se apresuró a pedirle que le llevase a aquel lugar.

Jen-Absey así lo hizo y dejó al zoólogo entregado con fruición a la tarea de seguir buscando rastros de vida animal, recogiendo más y más muestras, mientras que él regresaba a la nave auxiliar para saber si Brukialzer había adelantado algo por su parte.

* * *

El botánico hizo chasquear la lengua, puso cara de asco y luego exclamó: —¡Un auténtico rizoma! Jen-Absey se acercó a él. —¿Algo importante? —Muchísimo, pero desconcertante. A continuación, como si al explicar el significado de su hallazgo le sirviese de valoración comparativa para él, Brukialzer habló con tono entusiástico:

—La inmensa mayoría de los rizomas de las filiníceas terrestres tienen en común su sabor amargo y el olor desagradable. Además contiene oleorresina, que, debidamente extraída por lixivación con éter, se emplea en Medicina como un tenífugo.

Poniendo cara de circunstancias, el piloto inquirió:

—¿Y qué hay de extraño en eso?

Los ojos de Brukialzer centellearon como los de un fanático que hubiera encontrado a uno de sus dioses tutelares.

—Acabo de decirle que para utilizar la oleorresina como tenífugo es preciso someterla a un tratamiento bastante cuidadoso y prolongado.

El botánico se quedó mirando con aire triunfante a Jen Absey como esperando a que éste dijera algo, pero viendo que el piloto permanecía en silencio, y le miraba con evidente expectación, añadió:

—En estos rizomas la oleorresina se da en varios estadios. Desde el primitivo, que podría decirse es como el terrestre, hasta uno tan avanzado que equivale ya a la existencia de un auténtico tenífugo. ¿Comprende ahora?

La verdad era que el piloto no entendía nada de lo que el botánico le estaba diciendo. Sin embargo, no queriendo pasar por excesivamente inculto, se limitó a responder:

—Creo adivinar, pero preferiría que usted me lo explicara con mayor claridad.

Sin abandonar su gesto triunfalista, el botánico dijo: —La naturaleza obra sabiamente en el universo. Se adapta a las circunstancias del medio ambiente y da lugar a formas apropiadas

para vivir incluso en los lugares más hostiles. Y esto...

Brukialzer agitó la muestra como si blandiese una pistola de rayos láser.

—Esto es una prueba de lo que digo.

—¿En qué sentido?

—En que para que nazca una planta que origine de modo natural unos organismos de defensa tenífugos, es preciso que exista un peligro para su supervivencia. ¿Me entiende ahora?

Jen-Absey no supo si hacer un gesto afirmativo o hacerlo negativo, pero el botánico, convencido de que todo estaba clarísimo, señaló hacia el exterior diciendo:

—Anthers encontrará lo que está buscando. Aquí hay o ha habido vida animal.

Esta vez sí que el piloto puso cara de bobo, al ver como, por distintos caminos, los dos hombres habían llegado a la misma conclusión. Por eso, señalando a la computadora de a bordo, preguntó:

—¿Ha transmitido ya esos datos a la central?

—Sí, claro. Y precisamente me he basado en tos que me ha suministrado la computadora de la ***Erid-Gamma 103*** para llegar a estas conclusiones.

El piloto tragó saliva y carraspeó.

—¿Tiene inconveniente en concretar la cosa?

—No, claro que no. ¡En absoluto!

Luego de una breve pausa triunfalista, Brukialzer dijo:

—La existencia de esa sustancia defensiva, producidapor un organismo adaptado al medio ambiente de ELIP-1.002, implica la necesidad por parte de las plantas de defenderse de un enemigo natural.

—¿Unas tenias...? ¡Yo creía que estos gusanos son parásitos del cuerpo humano!

—Error, querido amigo —dijo sonriendo Brukialzer con aire de superioridad—. Existen numerosos platelmintos cestodos pertenecientes al género ***Taenia,*** aunque sea la tenía el más conocido de todos ellos por la generalidad de la gente. Sin embargo, hay que considerar que estos animales no se limitan, ni siquiera en la Tierra, a asentarse en los intestinos del hombre, sino que pueden encontrarse en muchos animales de sangre caliente.

»Lo esencial —añadió el botánico— es que carecen de boca y tubo digestivo, absorbiendo a través de su cuerpo del alimento digerido por el animal que lo aposenta.

»De esto puede darle más detalles mi colega Anthers —indicó al tiempo que hacía una mueca—, pero por mi parte añadiré que ya en otras ocasiones y en algunos mundos, hemos encontrado elementos parasitarios que si bien en la Tierra operan sólo con animales, en esos otros mundos estaban adaptados para vivir de las plantas.

En ese momento el tono de Brukialzer era ya francamente triunfal, casi apoteósico.

—¡Y algo así es lo que debe haber sucedido en este planeta tan desconcertante! La cara del piloto expresó nuevamente su asombro.

—La verdad, Brukialzer —dijo pausadamente—, si ya hay antecedentes de algo parecido en otros mundos, ¿dónde está, pues, lo extraordinario en ELIP-1.002?

Ahora fue el botánico el que mostró su sorpresa.

—¿Es que no está claro para usted?

—Francamente… no.

Brukialzer fue hacia uno de los ventanales que daban al citerior y, señalando al panorama que desde allí podía divisarse, trató de explicarse.

—Fíjese en los datos reales y concretos que tenemos. Lo primero es que apenas si hay agua en este mundo. Lo segundo es que las plantas no alcanzan el estado adulto con facilidad, lo que implica un proceso destructivo de aniquilamiento progresivo, continuado e implacable por parte de algún elemento que aún no hemos podido identificar.

Estas últimas palabras provocaron un gesto de alarma en el piloto, que, instintivamente, dirigió su mirada al exterior, como si temiese ver aparecer a un monstruo de un momento a otro.

Brukialzer, totalmente ajeno a las impresiones que producía en su oyente, siguió diciendo:

—Lo tercero es que ya tenemos la certeza de que hay o ha habido vida animal.

—Anthers ha llegado a esa misma conclusión —atajó el piloto—. Precisamente vine justo después de que él me lo dijera.

El botánico enarcó una ceja, como si le molestara que alguien pudiera arrebatarle parte de su descubrimiento, pero, considerando

quizá que su hallazgo era superior a lo que hubiese podido descubrir su rival, se encogió de hombros y continuó:

—Observe ahora un detalle, amigo Jen-Absey. Ni la vida vegetal domina este mundo, y menos aún la vida animal, de cuya existencia hemos dudado hasta hace poco.

—¿Y....?

—Eso sólo significa una cosa.

—¿Cuál?

—Hay algo superior a esas formas de vida. Algo capaz de aniquilarlas o de irlas extinguiendo.

—¿Puede decirme algo sobre eso?

—Todavía no. Es prematuro hacer especulaciones sobre aquello de lo que se ignora tanto que ni siquiera se conoce su naturaleza.

»Lo único que puedo decirle es que debe tratarse de alguna manifestación vital más poderosa que las formas de vida elementales que hemos podido hallar del reino vegetal.

Los ojos del botánico brillaron de curiosidad al inquirir:

—¿Tiene inconveniente en decirme cómo llegó Anthers a la conclusión de la posible existencia de vida animal en el planeta?

—Ningún inconveniente, claro.

Y con breves palabras, el piloto resumió su conversación con el zoólogo, observando que, a medida que él hablaba, la cara de su interlocutor expresaba mayor inquietud.

Cuando Jen-Absey terminó de hablar, el botánico se volvió hacia la computadora y dijo:

—Como supongo que Anthers no ha transmitido aún su hallazgo a la central lo haré yo mismo.

Sin esperar que el piloto dijese nada en contra, Brukialzer inició la transmisión al tiempo que hacía una solicitud:

—A la vista de los últimos datos indico la conveniencia de buscar causas de la aniquilación de elementos primarios de vida vegetal y animal. Considérese la po— sibilidad de que tanto unos como otros puedan servir de elementos sustentatorios de alguna forma poderosamente depredadora, sin que se descarten elementos energéticos que requieran de un alimento vital orgánico.

Luego, una vez, obtenido el acuse de recibo del mensaje, el botánico se volvió hacia Jen-Absey y exclamó:

—¡Ahora sólo nos resta esperar!

CAPITULO IV

A requerimientos de Anthers, dos de los tripulantes del cohete auxiliar habían ido a ayudarle a recoger muestras de rocas para transportarlas a la nave.

El zoólogo les iba pasando las piezas que arrancaba y ellos las guardaban en el carterón, donde estaban los portaobjetos debidamente aislados.

Al principio, Anthers utilizaba una especie de piqueta para cortar las muestras y sacarlas con limpieza, pero a medida que pasaba el tiempo, al ver que las huellas de vida animal eran cada vez más claras, su entusiasmo le llevó a actuar de modo imprudente.

Anthers creyó que iría más rápido si usaba sus manos en vez de la piqueta.

Transcurrieron varios minutos sin que sucediera nada, pero al cabo de unos instantes, el zoólogo dejó escapar un gemido.

—¿Le sucede algo, señor? —preguntó uno de los tripulantes.

Anthers se había llevado instintivamente un dedo a la boca y lo estaba chupando.

—No es nada —respondió—. Al menos no es nada grave. Simplemente me he cortado al tratar de arrancar una piedra. Se ve que tenía las aristas más afiladas de lo que yo pensaba.

El zoólogo estaba absorbiendo su sangre, para cortar su salida, pero algunas gotas cayeron sobre las horadadas piedras.

Anthers siguió con un dedo en la boca y volvió a empuñar la piqueta con la otra mano.

No llegó a utilizarla.

Ante su gran asombro, el zoólogo vio que de la piedra horadada brotaba lo que parecía un tallo extraño, sin hojas, pero provisto de

algo parecido a tentáculos.

—Parece una hidra…

Apenas acababa de hacer aquel comentario, que le hizo sacar el dedo de la boca dejando que la sangre de éste goteara en el suelo, cuando bajo sus pies aparecieron varios organismos similares al primero, que crecían con extraña rapidez.

Instintivamente, Anthers dio un paso atrás.

—¡Aquí está pasando algo incomprensible! ¡Estas hidras no estaban antes!

También los tripulantes que le habían estado ayudando se dieron cuenta de aquella anormalidad y gritaron a su vez:

—¡Vámonos, profesor!

—¡Esto no me gusta ni pizca!

—¡Los bichos esos aparecen por demasiados sitios!

—Yo diría que nos están rodeando…

La constatación que acababa de hacer uno de los tripulantes alarmó del todo al zoólogo, que, sin vacilar, ordenó:

—¡Aprisa! ¡Volvamos a la nave!

Pero mientras los otros echaban a correr detrás de él, les gritó:

—¡No se dejen atrás el carterón con las muestras!

Los tres avanzaron a toda velocidad hacia el cohete EG-1, sin preocuparse ya el zoólogo de que su dedo herido dejase caer alguna que otra gota de sangre al suelo.

Tampoco vieron, en su huida, cómo las escalofriantes hidras, crecían y proliferaban, marcando en el terreno el rastro dejado por ellos mismos y qué terminó debajo mismo de la compuerta de acceso a la nave auxiliar.

* * *

—¡Jen-Absey! ¡Ordene que la ***EG-1*** se eleve inmediatamente del suelo! —Aulló Anthers apenas puso el pie en el interior de la nave auxiliar—. ¡Tenemos que ponernos fuera del alcance de esos parásitos hambrientos!

Los dos tripulantes, que habían seguido al zoólogo casi a igual velocidad que él, estaban cerrando ya la compuerta de acceso al cohete, como si temiesen que las amenazantes hidras pudiesen alcanzarles incluso allí dentro.

Uno de ellos mostró al otro su tobillo al que aparecía pegado algo parecido a un tentáculo.

—¡Quítame eso! —pidió acuciante—. ¡Me da un asco atroz!

—Enseguida… Tranquilo…

Y su camarada se inclinó para ayudarle.

Los gritos del zoólogo habían llegado hasta la cabina de mandos y el piloto se apresuró a preguntar por el intercomunicador qué era lo que sucedía para que un hombre tan flemático como Anthers obrara de modo alocado y con aquella extraña precipitación.

Anthers tardó en contestarle porque vio lo que pretendían hacer quienes le habían acompañado en el exterior.

—¡Un momento! —gritó, deteniendo al tripulante que pretendía agarrar el trozo de tentáculo con la mano desnuda—. ¡La piel no ha de entrar en contacto con «eso»!

Con aire desesperado, Anthers miró en torno y al ver uno de los extintores, se apresuró a desencajarlo para apuntar con él al tobillo del tripulante que estaba tambaleándose en tanto que el tentáculo comenzaba a crecer y a extenderse por la pierna hacia arriba y bajando también hacia el pie.

—Lo siento, muchacho —le dijo—. Es posible que con esto te haga daño, pero me temo que no hay otra solución y que lo otro es muchísimo peor.

El joven asintió con un gesto de cabeza y habló entrecortadamente.

—No se preocupe, señor… Haga lo que sea, lo que crea más conveniente. Aguantaré.

Pero que cese esto… ¡Es como si me estuviera sorbiendo la sangre!

Anthers vio que el tripulante estaba cada vez más pálido y que se tenía que apoyar en el mamparo para sostenerse todavía en pie. Comprendió el peligro que representaba si caía y aquella especie de monstruo pasaba de la pierna al pecho, al cuello, a la cabeza…

No vaciló ni un instante más.

El zoólogo dirigió el chorro de espuma congelante al tentáculo y, al alcanzarlo de lleno, se oyó un ruido parecido al que de un sordo chisporroteo, acompañado por un fuerte zumbido, estridente, que podía semejarse al alarido de dolor de un animal mortalmente herido.

A los estertores de una fiera moribunda.

El tentáculo de la hidra se retorció, encrespándose, acusando así

los efectos de un intenso y creciente dolor.

La espuma seguía rociando al fragmento de hidro-zoo, que se agitaba en tremendas convulsiones, como cualquier ser viviente que siente acercarse la muerte, crujiendo al mismo tiempo como un cristal al quebrarse, y continuando con aquellos zumbidos estentóreos.

Al fin se despegó el tentáculo de la pierna a la que estaba aferrado y cayó al suelo.

Continuaron los espasmos y el retorcerse, pero los sonidos que emitía el tentáculo iban ya en disminución.

Anthers siguió descargando el extintor en su objetivo, bañando de espuma congelante al pequeño pero todavía espeluznante monstruo.

Cuando por fin Anthers lo vio inmovilizado por completo, respiró hondo, pero aún no se dio por satisfecho.

—¡Traedme un soldador! ¡Un lanzallamas! ¡Lo que sea, pero que me sirva para achicharrar eso!

Uno de los hombres del servicio de Destrucciones se apresuró a ofrecerle su arma.

—¿Le vale esto?

Era un disparador de rayos láser.

Anthers sonrió al par que se apoderaba del arma y apuntaba con ella al tentáculo inmovilizado por la espuma congelante.

—¡Ya lo creo que sirve!

El zoólogo oprimió el disparador, concentrando el rayo en su objetivo, que acusó el impacto con una tremenda convulsión.

Fue el último espasmo.

El tentáculo quedó desintegrado allí mismo.

Sólo cuando Anthers consideró que el peligro había cesado definitivamente, se avino a responder a las acuciantes llamadas y a las preguntas del oficial Jen-Absey.

—Ahora mismo iré a su cabina y le explicaré todo, comandante. No se preocupe. Pero ahora ordene que nos elevemos cuanto antes de aquí. Ignoro hasta qué punto corremos peligro.

Luego, mientras dejaba al piloto a cargo de la tarea de sacarles de la superficie de ELIP-1.002, el zoólogo se volvió hacia los demás tripulantes que hablan acudido a ver qué pasaba.

' —Atiendan a este hombre —dijo señalando al joven que había

sido liberado del tentáculo de la hidra—. Conviene que reciba atención médica de inmediato. Llévenle al departamento de sanidad y que se le haga una cura de emergencia.

Anthers vio como dos de los compañeros del herido se hacían cargo de éste y se lo llevaban. Entonces él, con paso cansado y gesto preocupado se encaminó a la cabina de mandos para ¡formar a Jen-Absey de lo ocurrido.

Aquello que, por el momento al menos, no tenía aún una explicación plausible. Pero ¿acaso la había?

Eso era, precisamente, lo que cavilaba el zoólogo mientras se disponía a entrar en la cabina de mandos del ***EG 1,*** donde le esperaban impacientes el piloto y el botánico Brukialzer.

* * *

Luego de haber recibido las primeras informaciones de la nave auxiliar y de estudiar con el profesor Scopp los datos proporcionados por la computadora central, el comandante Husz dio la orden más lógica en aquellas circunstancias.

—Regrese inmediatamente, ***EG-1***. Repito, regrese de inmediato. Situación de emergencia.

Jen-Absey soltó un resoplido de satisfacción y, volviéndose hacia Brukialzer y Anthers hizo un gesto triunfante con la mano. Luego puso en marcha el generador y proporcionó a su nave la máxima aceleración para alejarse cuanto antes de aquel mundo de cuya hostilidad habían tenido ya las primeras noticias.

La nave auxiliar puso proa a la ***Erid-Gamma 103*** dejando atrás lo que parecía una pesadilla de horror.

Anthers y el botánico permanecían con los ojos fijos en el visor contemplando la superficie de aquel planeta, que estaba haciéndose más y más pequeño.

El piloto les dirigió una mirada subrepticia y al ver cuál era la imagen reflejada en pantalla, hizo una mueca de asco y exclamó convencido:

—¡Adiós, ELIP-1.002! ¡Hasta nunca!

Después volvió su atención a los mandos para efectuar la maniobra de acoplamiento— con la astronave nodriza.

Con eso él creía que la misión de reconocimiento había terminado y que todos habían salido sanos y salvos. Bueno, con sólo un herido, pero no de consideración.

Para Jen-Absey el asunto podía darse por zanjado.

¡Adiós a ELIP-1.002 y sus monstruosos moradores! Sin embargo…

¿Se trataba de un adiós definitivo? A bordo del ***EG-1*** viajaban unos carterones con muestras sacadas del planeta. Había fragmentos de vegetales.

Y piedras.

Pero… ¿no había nada más?

El fuerte zumbido de los propulsores de la nave auxiliar apagaba todo ruido. Incluido un suave rumor que procedía de uno de aquellos carterones.

El rumor de un organismo vivo que parecía estar percibiendo la proximidad de Una presa.

Y el cohete, diestramente dirigido por Jen-Absey, abordó a la nave nodriza a la que pasaron poco después todos sus tripulantes, los componentes del equipo de exploración.

Todos los hombres que habían formado parte de la expedición se incorporaron a sus puestos y tanto Anthers como Brukialzer llevaron a sus respectivos depar— tamentos, al laboratorio de la astronave, los carterones con las muestras obtenidas en la superficie del planeta ELIP-1.002.

Los fragmentos de vegetales, que el botánico había clasificado dentro de la familia de las criptógamas fibrosovasculares, de las filiníceas.

Y también los trozos de piedra con residuos fosilizados de vida animal, así como algunas muestras de elementos que vivieron y murieron en época más reciente.

Pero había algo más.

Algo peligroso. Monstruoso…

CAPITULO V

El comandante Husz había convocado a una reunión de urgencia a todos los jefes técnicos y de departamentos de servicios de la ***Erid-Gamma 103***. Sentados en torno a la gran mesa que ocupaba el centro del salón de asamblea, ninguno de los presentes parecía dispuesto a esbozar siquiera una sonrisa.

La gravedad de la situación no escapaba a ninguno de los convocados por Husz.

Encima de la mesa podían verse los informes recién elaborados, de acuerdo con los datos suministrados por los investigadores que estuvieron en ELIP-1.002, ya ve— rificados por la computadora central y cuyas consecuencias eran la causa de aquella convocatoria urgente.

El comandante paseó la mirada por los allí reunidos y, señalando las fichas y dosiers puestos al alcance de los presentes, tomó la palabra.

—Caballeros, el problema a que nos enfrentamos es de tal importancia que exige tomemos una decisión por mayoría, si es que no nos pronunciamos en un sentido o en otro por unanimidad. ¿Queda claro este punto?

Un murmullo de asentimiento acogió su pregunta y Husz, más seguro, siguió hablando.

—No creo necesario indicarles que nuestra misión consiste en explorar todos los planetas con atmósfera a fin de entrar en contacto con sus posibles moradores, especialmente si encontramos vida inteligente. Pero eso no hace que podamos descartar aquellos que, por una u otra razón, puedan tener interés para nuestro mundo.

—Todo eso, de puro sabido, resulta obvio recordarlo —cortó un

tanto displicente Xuaron, el jefe técnico.

Con un cierto tono irónico, el comandante replicó:

—No dudo que usted, con su larga experiencia, sabe muy bien lo que implica el formar parte de una misión como la nuestra, pero como aquí hay personas que no están en su misma situación, he creído conveniente dejar claras las cosas. ¿Alguna otra objeción?

Xuaron se encogió de hombros, indicando con aquel gesto que no creía necesario insistir más sobre aquel punto. En vista de ello, luego de dirigir una mirada a los demás, el comandante continuó:

—Respecto al planeta que ahora nos ocupa, ELIP-1.002, se dan circunstancias tan curiosas como contradictorias, lo que ha motivado nuestra primera exploración de una zona de su superficie. Todos ustedes saben, por los informes que les han sido sometidos a examen, cuál es el peligro a que se enfrentaron nuestro zoólogo y dos de los tripulantes del ***EG1***, así como lo que sucedió cuando uno de éstos entró en el cohete auxiliar llevando consigo un fragmento de tentáculo de hidra que estaba absorbiendo de su cuerpo el fluido vital y lo hubiera conseguido probablemente, con consecuencias que sólo podemos imaginar, de no haber sido por la presencia de ánimo de nuestro compañero Anthers, a quien me permito felicitar en este momento por dicha razón.

El aludido miró azorado en torno suyo al oír aquellas palabras que fueron acogidas con murmullos de satisfacción por parte de todos los presentes, incluido su colega Brukialzer, que en ese instante parecía haberse olvidado de su habitual rivalidad.

—Gracias, gracias... —dijo el zoólogo—. Pero no hice más que cumplir con mi deber.

Y tuve la suerte de que la cosa me saliera bien. Eso es todo.

—No sea tan modesto, Anthers —terció Scopp—. De no haber sido por su rápida intervención el tentáculo de hidra habría dejado completamente seco a aquel pobre muchacho y crecido desmesuradamente. Y todos sabemos que en el mundo animal el crecimiento súbito suele ir acompañado de una manifestación de fuerte hostilidad, de violencia y de agresividad.

—Y a eso hay que añadir que el tentáculo en cuestión pudo haber saltado sobre algún otro de los tripulantes para seguir aprovisionándose e iniciando quizás un posible proceso de reproducción de incalculables consecuencias.

El comandante cortó aquellas muestras de aprobación a lo hecho por Anthers y dijo:

—Veo que todos estamos de acuerdo en este punto. Y lo celebro, pero volviendo al tema que nos ocupa, permítanme añadir algo que creo muy importante.

Husz paseó su mirada por los presentes, cuyas miradas y rostros estaban fijos en él.

Luego siguió diciendo:

—La computadora ha detectado la existencia en ELIP1.002 de grandes cantidades de plutonio químicamente puro y ya saben ustedes lo que eso puede significar para la economía mundial, sobre todo si se acordara el establecimiento de bases de operaciones en esta galaxia. Equivaldría a contar con una fuente de suministros inigualable si hemos de dar credibilidad a la información que nos ha suministrado nuestra computadora.

—Eso es importante, desde luego —convino el observador Ashcof—, y por eso mismo no entiendo por qué no se ha vuelto allá, achicharrando a los posibles bichejos que pueda haber en el planeta. No creo que tras los resultados conseguidos por nuestro amigo Anthers la cosa sea demasiado difícil.

El comandante Husz se disponía ya a replicar cuando se le adelantó el zoólogo así aludido.

—Antes, al referirme a mi actuación, dije que había tenido suerte. Y así fue. El zoólogo volvió la cara hacia Husz y preguntó:

—¿Me autoriza a exponer lo concerniente a las hidras que hay en este planeta, señor?

—Hágalo, Anthers. Creo que ahora es más necesario que nunca el hacerlo.

—Bien, en ese caso —añadió el zoólogo, volviéndose hacia los demás—. Debo decirles que las hidras de ELIP-1.002, a tenor de los datos que obran en nuestro poder, difieren bastante de las que conocemos en la Tierra y en otros mundos similares al nuestro.

Byw-Wall le interrumpió para preguntar:

—¿No serían mortales para sus hidras los rayos láser?

—Sí, pero...

—¿Hay un pero?

Anthers asintió con un gesto de cabeza.

—Lo hay y grave.

—¿En qué consiste el problema?

—Sencillamente, Byw-Wall, en la capacidad y velocidad de reproducción de hidrozoarios. Ya indiqué que no son como los que se dan en la Tierra. Vienen a ser como una mutación que tiene unas particularidades que los convierten en terriblemente agresivos, provistos además de nematoblastos u organismos no sólo defensivos sino propios para atacar, y en los que hay unas sustancias proyectables que si en nuestro mundo son sólo urticantes aquí son de tan tremenda potencia corrosiva que resultan mortales para el hombre.

—Pero los rayos láser… —insistió Byw-Wall sin querer dar su brazo a torcer.

—¡Olvídese de sus dichosos láseres! —Cortó Brukialzer, que parecía estar al corriente de lo que estaba diciendo su colega—. Como ha dicho Anthers esos hidrozoarios se pueden reproducir a tal velocidad que cuando hubiésemos destruido, desintegrado a un centenar tendríamos millares de ellos encima de nuestros hombres apoderándose de ellos, inutilizándoles, reduciéndoles a ser una fuente de energía que absorberían con la mayor facilidad.

Anthers se apresuró a corroborar aquellas palabras.

—Acaba de decir precisamente lo mismo que yo iba a señalar como el máximo peligro que ofrecen esos hidrozoarios. Y añadiré que es en razón de su voracidad por lo que en este planeta no subsiste ya ningún elemento de vida animal, así como han dejado reducida la vegetal a unos cultivos que les bastan para continuar existiendo en espera de que una circunstancia externa les permita proliferar y crecer a sus anchas.

El zoólogo hizo una pausa y, con gesto de extremo cansancio, concluyó pesimista:

—Y esa circunstancia podemos ofrecérsela nosotros mismos si llegamos a ponernos a su alcance.

Anthers se giró de nuevo para encararse al comandante.

—Ya sabe usted que me opuse a toda idea de efectuar nuevas exploraciones de ELIP-1.002, pero insirió en que se celebrara esta reunión y he aceptado, pero sólo con el fin de patentizar los peligros a que nos expondríamos desde el primer intento.

—¿De veras es tan peligrosa esa fauna? —inquirió cejijunto el jefe técnico Xuaron.

—Es posible que más incluso de lo que acabamos de decir Brukialzer y yo. No olviden que no hemos podido estudiar ningún resto Vivo del tentáculo de la hidra y que la computadora se ha basado sólo en unos datos que son simples referencias visuales. Otra cosa sería de haber podido experimentar con alguna muestra viva. Pero, descartada esa posibilidad, hemos de atenernos a lo poco que pudimos descubrir durante las escasas horas en que permanecimos recorriendo una zona no muy amplia de la superficie de ELIP-1.002. Y eso, debo insistir, no tiene nada de alentador sino todo lo contrario.

Anthers hizo otra breve pausa.

Sin que nadie de los presentes se atreviera a interrumpir el curso de sus pensamientos, el zoólogo recapituló ***in mente*** sus impresiones y las conclusiones a que había llegado.

—Hay un detalle que al principio me pasó desapercibido, pero que luego, en frío, he considerado en profundidad.

—¿Algo que no figuran en su informe? —preguntó, inquieto, el profesor Scopp.

—Sí. Y creo que puede ser muy relevante.

—¿De qué se trata? —preguntó a su vez el comandante, no menos preocupado.

—Verán... Recuerdo que al herirme en el dedo y comenzar a gotear mi sangre sobre la piedra en la que estaba trabajando, del interior de ésta brotó como por ensalmo una primera hidra. Luego aparecieron las demás y cuando la sangre cayó al suelo, también surgieron más hidras, las cuales, como bien dijeron los jóvenes que me acompañaban entonces parecía que nos estaban rodeando, acosándonos.

La expectante sorpresa que vio reflejada en los rostros de sus oyentes, movió a Anthers a exponer todo su pensamiento sobre lo que más le preocupaba.

—Aquello nos alarmó hasta el extremo que emprendimos la huida hacia la nave. Y entramos en ésta, pero a ninguno se le ocurrió mirar atrás mientras corríamos. Tampoco miramos donde poníamos los pies y así fue como aquel muchacho debió cortar un tentáculo al pisar una de las hidras que halló en su camino, aunque él no la viese. Pero ahora, a distancia, recuerdo que luego de eliminar al tentáculo se me ocurrió mirar al exterior y vi que el

suelo estaba cubierto de hidras, como si se hubiera producido una rápida y extraña floración.

Un silencio denso, palpable casi, acogió aquellas palabras del zoólogo, el cual, hablando más consigo mismo que con los presentes, agregó: ' —Temo no haber valorado debidamente el peligro representado por esa abundancia de hidras en el suelo, ni la causa de su permanencia bajo la superficie.

El profesor Scopp le interpeló con marcada ansiedad—.

—¿Imagina usted que todo el subsuelo de ELIP-1.002 esté infestado de hidras que están, digamos al acecho de una oportunidad?

Anthers asintió con un gesto de cabeza.

—Sí, profesor. Eso es lo que creo y es también la razón por la que a pesar de todo el plutonio que pueda encontrar en este planeta voto para que nos abstengamos de enviar a nadie a su superficie.

—¿Ni abrasando previamente el suelo con los láser? —preguntó el terco Byw-Wall.

El zoólogo movió la cabeza negativamente al tiendo que decía:

—Ni aun así.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no sabemos hasta qué profundidad habría que desintegrar el suelo... y tampoco las consecuencias que se podrían provocar en el planeta.

El destructor se encogió de hombros, como dando por terminada su participación en el debate.

Husz alzó la mano derecha y reclamó la atención los presentes.

—Bien, caballeros. Ya conocen cuál es la situad; t y los nuevos datos, que yo mismo ignoraba. También saben cuál es el objetivo de una misión como la nuestra. En consecuencia someto el caso a su discreción y propongo se vote si vamos o no a explorar ese planeta.

E} profesor Scopp se disponía a tomar la palabra cuando en ese preciso instante el altavoz de la sala empezó a emitir un sonido ululante que les catapultó a todos de sus asientos.

ALERTA ROJA... ALERTA ROJA... ALERTA ROJA...

El jefe técnico Xuaron corrió el primero al intercomunicador para efectuar una llamada y aclarar la situación.

—Xuaron al habla. Infórmeme, central. ¿Qué ha sucedido para dar la alerta roja?

¿Dónde se ha producido la situación de alarma? ¿Y quién es el responsable?

¡Infórmenme de inmediato!

En tanto que él exigía respuesta a sus preguntas, los demás allí reunidos hacían una cábala tras otra, mezclándolas con las especulaciones más extravagantes, quizá para agotar todas las posibilidades que podían darse.

Ahora nadie dudaba ya de que Anthers había dado en el clavo al hablar de lo peligroso que podía resultar ir a aquel planeta.

El profesor Scopp se encaró con Husz preguntando:

—¿Se ha mantenido la distancia inicial sin intentar ningún otro acercamiento a ELIP-1.002?

—Claro —respondió el comandante—. ¿Es que me cree capaz de convocar una reunión para que se vote una decisión y yo ordene se haga algo para lo cual pido el asentimiento de los demás?

—No, pero…

Scopp miró entonces a Anthers, que había palidecido como un muerto.

—¿Admitiría que esas hidras pueden recorrer la distancia que nos separa de su mundo?

—Por medios naturales no, pero…

Todos se volvieron hacia el zoólogo y le miraron expectantes.

—Pero ¿qué?

Anthers tragó saliva con visible dificultad. Entre él y Brukialzer se cruzó una mirada de comprensión.

—Quizá no han venido… ¡Las hemos traído nosotros mismos!

—En nuestras muestras —dijo, concluyente, el botánico. El comandante miró asustado a ambos.

—¿Quieren decir que ese enemigo del que hablaban y al que no debíamos atacar en su mundo lo tenemos quizás a bordo?

No fue necesario que Anthers o el botánico respondieran a aquella pregunta.

De la Central de Comunicaciones acababa de llegar la contestación requerida por Xuaron.

—La zona afectada es el laboratorio de experimentación. Repito, el laboratorio. Han sido sus propios ocupantes quienes han dado la alarma y cortado después todo contacto con el resto de la nave. Ante su información se tomó la decisión de dar la alerta roja y de

aislar la zona afectada. Repito, la decisión es de este departamento de comunicación y se ha aislado el laboratorio del resto de la nave. Denos órdenes si he— mos de continuar manteniendo la alerta y el aislamiento establecidos.

Xuaron se giró hacia los presentes.

El jefe técnico había escuchado también la pregunta formulada por el comandante Husz.

Él fue quien dio la respuesta que todos temían ya.

—En el laboratorio de experimentación estaban las muestras traídas de ELIP-1.002. Eso quiere decir que el enemigo está aquí, a bordo de la ***Erid-Gamma 103***. ¡Lo tenemos en casa!

CAPITULO VI

Hill-Azer, el ayudante de zoólogo, adscrito al departamento de investigación que dirigía Anthers, se sentía incapaz de concentrarse en su trabajo.

La proximidad de la atrayente Lillit, la auxiliar oficial de Brukialzer, le perturbaba hasta un extremo inconcebible.

O sería tal vez que el tiempo que llevaba a bordo de la ***Erid-Gamma 103*** resultaba excesivo para su estado anímico y se rebelaban los sentidos acicateados por el más primitivo y elemental de los instintos humanos. Pero es que a eso debía añadirse que Lillit era capaz de provocar la fusión del hielo con la proximidad de su cuerpo seductor.

En vez de fijarse en la muestra de roca que había situado en el visor del controlador, Hill-Azer no se cansaba de mirar a la hermosa joven, que, inclinada hacia su visor, parecía no darse cuenta de que él la estaba observando, relamiéndose con las elucubraciones mentales en las que se recreaba al imaginar lo que —si ella quisiera — podían hacer allí mismo, en el laboratorio de experimentación.

Hill-Azer se decía que la reunión de alto nivel en la que participaban sus dos jefes era lo suficientemente importante como para que éstos no volvieran por el laboratorio por lo menos en dos o tres horas.

Tiempo más que suficiente...

¿Para qué?

Hill-Azer era un joven ayudante tímido y falto de decisión. Envidiaba al capitán Tane del que se decía que no había mujer a bordo que se le resistiera. Pero él, simple ayudante de zoólogo, no se atrevía a tomarse ciertas libertades, ni tan siquiera a formular una insinuación más o menos velada.

«Soy demasiado tímido —pensó mirando entre lúbrico y codicioso a la sensacional Lillit—. Si me atreviese a decirle lo que pienso, lo que deseo…; pero ¿no se molestará y se lo dirá a su jefe? Brukialzer tiene un genio de mil diablos y no traga a mi jefe. Sería capaz de armar una marimorena por el simple placer de perjudicar a Anthers. ¡Y de paso sería yo quien pagaría los platos rotos!»

Mientras pensaba así, recreándose en la seductora visión que le ofrecía Lillit inclinada sobre el visor, Hill-Azer era incapaz de observar que en la roca que debía estar examinando se producían unas transformaciones.

La piedra se estremecía como si en su interior se moviese algo, como si tuviera vida…

Hill-Azer no podía apartar los ojos de la atrayente perspectiva que le ofrecía el busto prieto y prominente de Lillit, ceñido hasta la exageración por su uniforme de trabajo.

«Parece como si estuviera desnuda y el uniforme fuera su segunda piel —seguía pensando Hill-Azer—. ¡Cuánto daría por estrecharla entre mis brazos, besarla, acariciarla, desnudarla…!»

Lillit giró en ese instante la cara hacia él y preguntó:

—¿Has encontrado algo?

El pareció salir de un sueño.

—No…, no he visto nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Como te veo ahí parado, sin hacer nada—sonrió ella de un modo que a Hill-Azer le pareció muy alentador.

Más que eso aún.

Ella le miraba con los párpados entrecerrados, como si le hiciera un ofrecimiento, promesas…

Hill-Azer se apartó de su mesa de trabajo, del visor y de la roca que debía examinar.

El ayudante de Anthers no pensó ni por un momento que allí, a escasa distancia de él, pudiese haber un peligro. Lo único que Hill-Azer pensaba era en la posibilidad de tener entre sus brazos a la bella Lillit, apretada contra su pecho, debajo de su cuerpo…

—No he encontrado nada —se atrevió a decir al cabo porque te estaba mirando a ti.

—¿A mí? —rió ella—. ¿Y cómo me ves tú, un zoólogo? ¿Como un animalito digno de ser examinado?

Hill-Azer llegó junto a la joven y aspiró con fruición el perfume

que se desprendía de su cuerpo.

Ella olía a mujer sana, joven, sensual, desbordante de voluptuosidad, lo que parecía darle un olor tan peculiar como puede serlo el de una hembra en celo.

—Para mí eres la muchacha más preciosa que hay a bordo, no puedo verte como un animalito que deba examinarse.

—¿De veras? —volvió a reír ella, moviéndose con coquetería y contoneándose de un modo que sabía bien era capaz de enloquecer a un hombre hecho y derecho, cuanto más a un principiante tímido como aquel bobo indeciso de Hill-Azer.

—Sí. De veras.

—¿Y no crees que a mí podría gustarme que me trataras como a un pobre animalito falto de protección… o de cariño?

—¿Cómo dices? —preguntó él tragando saliva.

—¿Y no piensas que tal vez me agradase ser examinada de cerca…, muy de cerca?

—insistió Lillit abrazándole con una mirada que tuvo la virtud de enloquecer al tímido Hill-Azer.

Aquello era ya demasiado para un joven como él.. Su misma timidez le empujó hacia la muchacha, avanzando los brazos con gesto de ansiedad similar al de un náufrago que encuentra un asidero cuando ya se creía perdido.

Lillit continuó sonriéndole.

Las manos de Hill-Azer se posaron en el cuerpo de ella, que no retrocedió ni hizo nada por apartarse.

Los ojos de ambos estaban prendidos en una llama de deseo. Como la que encendía su carne y les hacía vibrar apasionada y ardorosamente, empujándoles a buscarse.

Hasta encontrarse los dos en un abrazo prieto, intenso.

Las bocas se unieron en un beso largo, que se prolongó como si no pudiera llegar a faltarles nunca el aliento.

Eran dos jóvenes sanos y robustos. Rebosaban vitalidad.

Habían dejado de hablar porque las palabras entre ellos estaban ya de más. Sus lenguas se lo decían todo al encontrarse, acosarse y acariciarse. Y las manos se hacían cada vez más acariciantes mientras los cuerpos buscaban acoplarse en una unión perfecta.

Se unían para el acoplamiento definitivo.

Estrechamente abrazados continuaron con sus besos y caricias

moviéndose en la estancia de forma que LiIlit se dejó empujar sobre la confortable butaca de trabajo del ayudante de zoólogo.

Entonces menos que nunca pensó Hill-Azer en la roca que debía estar examinando.

Y tampoco oyó el rumor que nacía del interior de la piedra al asomar del interior de ésta un brote de vida.

Una hidra diminuta.

Un animal primitivo con tentáculos y avidez de hambriento. Con un instinto de supervivencia y unas cualidades que le permitían captar la proximidad de aquellas dos fuentes desbordantes de vitalidad animal.

La vitalidad que necesitaba para subsistir. Y alimentarse.

Para crecer… y crecer… y seguir creciendo.

Excitados por la pasión del momento y los deseos que les sumergían en un mar de placeres sensuales, Lillit y Hill-Azer se agitaron en movimientos compulsivos y desenfrenados.

El culminó el acto de la posesión con un gemido de placer pero, al incorporarse y tratar de apoyar sus manos en su mesa de trabajo, inadvertidamente golpeó el visor que, deslizándose sobre la superficie lisa, cayó al suelo haciéndose pedazos.

—¡Qué mala suerte! —Exclamó Hill-Azer mirando compungido el delicado y frágil aparato de precisión—. ¡La bronca que me espera cuando vuelva Anthers y vea este destrozo!

Lillit hizo caso omiso de la rotura y tendió hacia el joven sus brazos, musitando ardorosa:

—Déjalo… Ya no tiene arreglo. Pero yo aún te necesito. Ven, Hill-Azer… ¡Ven conmigo!

Una petición semejante no podía ser rechazada por quien tanto había soñado con un momento como aquél.

Hill-Azer se abrazó de nuevo al cuerpo receptivo y ardiente de la muchacha, cuyo ardor la hacía desbordar sensualidad por todos los poros de su piel.

Y mientras ellos dos se entregaban con pasión a la fiebre que les consumía, en el suelo se producía un extraño fenómeno.

La hidra estaba ya fuera de su cobijo rocoso.

El instinto del animal depredador le indicó claramente el camino a seguir para saciar su hambre atrasada.

Aquel hambre que sólo podía saciarse con el fluido vital de

organismos vivos. Vegetales… o animales.

¿Y por qué no en seres humanos?

Los pies de la pareja estaban en el suelo, próximos a la hidra que se movía por el suelo sobre sus tentáculos.

El animal avanzaba lenta, muy lentamente. Inexorable.

La hidra encontró en su camino uno de los pies de la joven, agitándose por los transportes de la pasión que la acicateaba.

Un tentáculo fue proyectado hacia el pie, en el que se aferró como si en ello fuese la vida.

Lillit sintió el primer pinchazo, pero se limitó a gemir. No le dio más importancia. Y tampoco al ardor que comenzó a extenderse por su pierna al par que la hidra aumentaba de tamaño.

Los tentáculos crecían y seguían absorbiendo vida a través de la ardorosa piel que se les ofrecía como un manjar delicioso y sumamente apetitoso.

Una extraña lasitud se apoderó paulatinamente de Lillit, que sólo entonces se dio cuenta de aquel extraño ardor que le subía por la pierna, hacia las ingles.

La muchacha gimió de dolor.

Hill-Azer oyó el gemido, pero imaginó que era de placer.

Fue entonces cuando uno de los tentáculos de la hidra alcanzó a la pierna del hombre que, por su proximidad, estaba ya a su alcance.

Tampoco él concedió importancia a la primera mordedura del animal que seguía creciendo.

Creciendo…

Sólo cuando el dolor superó a las sensaciones placenteras que les mantenían enlazados, Hill-Azer y Lillit comprendieron que en ellos estaba sucediendo algo raro.

Se separaron y miraron con asombro al animal que se había aferrado a sus carnes. Descubrieron los tentáculos extendidos ya a lo largo de las dos piernas, acercándose peligrosamente a sus ingles.

Lillit chilló aterrada.

—¡Quítame esto! ¡Me está abrasando!

—¡Yo también tengo en mis piernas! —aulló Hill-Azer, despavorido—. ¿De dónde habrá salido esto?

Como si la misma intensidad del dolor que les aquejaba, dominándoles, les hiciera más clarividentes, los dos miraron de

modo instintivo al visor y a la piedra que permanecía en el suelo.

Ambos comprendieron.

Lillit lanzó un grito de horror y bajó sus manos hacia la hidra, siempre creciente. La agarró con asco pero con fuerza y trató de arrancarla de su carne.

No lo consiguió.

De inmediato, el animal segregó por sus nematoblastos una sustancia fuerte y terriblemente corrosiva.

Lillit volvió a gritar y apartó al instante sus manos del viscoso tentáculo, igual que si estuviera abrazándose con fuego líquido, notando que su carne se convertía en un amasijo purulento, como una llaga que fuera haciéndose más y más profunda.

Aquello fue lo último que pudo hacer la mujer. La hidra había continuando avanzando.

Y creciendo.

El animal alcanzó el vientre y se aferró a su curvatura como una lapa hambrienta. Un tentáculo se deslizó rápidamente hacia el pubis y al adentrarse en el cuerpo de la mujer, provoco un estallido de dolor en las entrañas.

Lillit se retorció como una posesa, profiriendo alaridos y quejidos que fueron haciéndose estentóreos a medida que el dolor crecía hasta hacerse del todo in— soportable.

La mujer se derrumbó entonces y cayó al suelo, revolcándose. Pero, como si aquello fuera lo único que esperaba la hidra para el asalto definitivo, proyectó varios tentáculos hacia el pecho, el cuello, la cara...

Lillit dejó de moverse. Calló... para siempre.

Hill-Azer se debatía por su parte en un vano intento por librarse de su implacable enemigo. El ayudante del zoólogo había alcanzado a ver, con creciente pánico, como la hidra se desarrollaba encima del cuerpo de su adorada.

«Tengo que acabar con esta cosa monstruosa si quiero salvarla a ella y salvarme yo.»

Aquel pensamiento dio fuerzas al hombre que, a costa de tremendos esfuerzos, soportando difícilmente el dolor que ello le ocasionaba, logró arrancar de su piel uno de los tentáculos.

Uno... tan sólo.

Los demás siguieron creciendo, avanzando por el cuerpo de Hill-

Azer, apoderándose de él y mermando al mismo tiempo su capacidad de resistencia.

Mientras oyó los gritos de Lillit, él todavía tuvo la esperanza de que podría salvarla y salvarse.

El súbito silencio de la mujer le hizo comprender que para ellos no había ya ninguna posibilidad.

¡Ninguna!

Hill-Azer lanzó un grito que le brotó del alma.

—¡No! ¡No quiero verla muerta!

Enloquecido de súbito, sin importarle que la hidra continuara adueñándose de él, Hill-Azer corrió hasta el intercomunicador y vociferó desesperado.

Los gritos angustiosos del ayudante del zoólogo llegaron a los oídos de los encargados de comunicaciones del Control Central de la ***Erid-Gamma 103*** como un macabro mensaje de muerte.

Eran gritos del terror más abyecto.

Los gritos de quien ya no espera ayuda ni socorro alguno. De quien se sabe condenado a muerte.

A muerte... igual que Lillit.

Pero aquellos alaridos de Hill-Azer bastaron para provocar la sorpresa y la alarma en el departamento central de comunicaciones de la astronave terrestre.

Al instante, Hill-Azer oyó una voz apremiante hablándole a través del altavoz del intercomunicador.

—Control llamando a laboratorio de experimentación. ¡Contesten los del laboratorio!

Sacando fuerzas de flaqueza, Hill-Azer respondió:

—Mensaje recibido... Habla Hill-Azer, ayudante de Anthers. Me muero...

—Requerimos ampliación de informes —insistió el de control—. ¿Puede ser más explícito? ¡Diga qué es lo que está sucediendo ahí! ¡Dé el máximo de datos!

Sobreponiéndose al tremendo dolor que le atenazaba ya casi todo el cuerpo, Hill-Azer trató de mantenerse en pie junto al intercomunicador y habló entrecortadamente:

—En las muestras traídas del... planeta ELIP-1.002... había una piedra y en ella... dentro... una hidra diminuta. Pero ha... crecido y sigue haciéndolo... Ha matado a Lillit, la ayudante de Brukialzer...

Ahora está acabando conmigo… ¡Me está matando!

En el control Central se estaban registrando todas sus palabras y quienes las escuchaban se miraron tan asustados como si ellos mismos estuvieran viviendo una horrible pesadilla.

La voz de Hill-Azer se dejó oír todavía durante unos cuantos segundos más, muy pocos.

Después, los de Control oyeron un gemido estentóreo. Se registró el impacto de un golpe.

Hill-Azers acababa de desplomarse en el suelo, incapaz ya de seguir sosteniéndose sobre los pies, que eran también presa de los tentáculos de la hidra.

El ayudante del zoólogo quedó tendido en el piso del laboratorio experimental, a merced de su voraz y mortal enemigo.

Indefenso.

Hill-Azer dejó entonces de hablar.

Al igual que Lillit también él había sucumbido a la nauseabunda hidra y era pasto de la voracidad de aquel monstruo procedente del planeta ELIP-1.002.

Los dos habían muerto.

Así lo-entendieron los hombres del Control Central y, ante las circunstancias que concurrían en el caso, sin esperar a comunicar con sus jefes, adoptaron la más elemental de las medidas de emergencia.

¡La alerta roja!

Y después, sólo después de que el sonido ululante que transmitía la alarma invadiese todos los departamentos y llegara al último rincón de la ***Erid-Gamma 103,*** se procedió a tomar otra medida preventiva no menos importante.

—¡Que se aísle de inmediato el laboratorio de experimentación! ¡Incomunicación absoluta del recinto correspondiente a precaución de alerta roja!

La orden se repitió una y otra vez.

Unos de los hombres, sin embargo, balbuceó una pregunta:

—¿Y Lillit y Hill-Azer? ¿No vamos a hacer ningún intento de rescate?

El encargado del servicio de control frunció el entrecejo y, haciendo una mueca de rabia, respondió secamente:

—Ellos ya han muerto.

—Quizás aún no —opuso el otro—. Tal vez si se les sacase del laboratorio...

—Se ha establecido la incomunicación y la alerta roja. No podemos hacer nada por ellos hasta que cese la emergencia. Por el momento no debemos preocuparnos por rescatar sus cadáveres y exponer en ese intento a camaradas que están vivos. Lo que importa en este momento es impedir que el enemigo se extienda e invada la nave, aumentando el número de presas, de muertos...

Mientras él se explicaba, la notificación de alerta roja y la incomunicación del laboratorio pasaban a ser conocida por todos los tripulantes de la ***Erid-Gamma 103.***

La mortífera hidra quedaba así asilada dentro de una zona de la nave a la que ningún hombre podía tener acceso, en tanto no se tomasen medidas para su protección.

El peligro procedente de ELIP-1.002 quedaba, pues, conjurado. De momento, al menos.

Ante los terrestres se abrían ahora varias incógnitas de cuya solución dependería su futuro.

La vida de todos los tripulantes de la ***Erid-Gamma 103*** estaba en juego. Y eso ellos eran los primeros en saberlo.

Una oleada de pánico silencioso invadió la nave.

CAPITULO VII

Pasados los primeros momentos de sorpresa, el comandante de la nave comprendió que era preciso contrarrestar urgentemente la generalizada impresión de pánico. El mismo, en persona, se encargó de verificar todas las medidas de seguridad tomadas en torno a la zona aislada del laboratorio experimental. Su aspecto de tranquila altanería fue suficiente para calmar a los asustados tripulantes de la ***Erid-Gamma 103*** que al fin recobraron la serenidad.

Husz visitó uno tras otro los puestos de control teniendo palabras de ánimo para los hombres que en ellos montaban la guardia. Incluso se permitió algunas bromas respecto al enemigo con lo que logró la deseada distensión.

Satisfecho del resultado de su recorrido, aunque no por eso tranquilizado, el comandante regresó al puesto de mando donde, a los pocos minutos, se presentó Byw-Wall para informarle de lo concerniente a la defensa.

—He mandado reforzar el cordón de vigilancia establecido por el capitán Tane situando a dos de mis hombres en cada uno de los puntos de acceso y de salida de la zona afectada. De este modo la tenemos completamente bajo control.

—Respecto a eso no tengo dudas —rezongó entre dientes el comandante—. De lo que ya no estoy tan seguro es del resultado que pueda conseguirse con los controles.

¿Qué harán nuestros hombres si son atacados por las hidras que en estos momentos deben estar reproduciéndose en el interior del laboratorio?

—Mis hombres por indicación del profesor Scopp, han sido armado, con lanzallamas aparte de las pistolas láser.

Husz se volvió hacia el científico.

—¿Cree que eso bastará, profesor?

—Espero que sí, señor.

—¿Tiene alguna base real su esperanza?

—Sí, comandante. Recuerde que Anthers eliminó ya a una hidra inmovilizándola primero con espuma helada y aniquilándola luego con el fuego. Los hombres de Byw-Wall, si se viesen atacados, prescindirían de la primera fase entrando en acción con el fuego y desintegrando después al enemigo mediante los láseres, de forma que no sobreviva ni una sola célula. De ese modo impediremos que la hidra continúe reproduciéndose en el interior de la nave.

El comandante se volvió entonces hacia Brukialzer.

—¿Alguna sugerencia por su parte?

—No, señor. Todas las muestras que traje de ELIP-1.002 han quedado dentro del laboratorio experimental por lo que no puedo realizar ningún trabajo de observación. El asunto es de la total incumbencia de mi colega Anthers.

Husz se giró y miró interrogativo al aludido.

—¿Ha llegado a alguna conclusión respecto a la naturaleza de nuestro enemigo?

—No puedo decir nada exacto ya que me faltan elementos de juicio y una base sólida sobre la cual operar. Sin embargo, atendiendo a la escasa información con que contamos, salvando las distancias, podemos hacer algunas apreciaciones tomando como punto de ˆreferencia las hidras de la Tierra.

—Hable, Anthers, le escucho.

—Verá, mi comandante. Por lo que yo he podido apreciar personalmente y tras haber escuchado las grabaciones de lo sucedido en el laboratorio, que causó la muerte de mi ayudante y a la pobre Lillit, creo que nos hallamos ante un ejemplar mutado de ***hidra fusca,*** a menos, claro está, que el de ELIP-1.002 sea el auténtico y el nuestro una muestra degenerada del de aquí.

«De todos modos —añadió tras una breve pausa—, la hidra a que nos enfrentamos, aun siendo una especie de pólipo, parecido a un tubo cerrado por un extremo y con varios tentáculos en el otro, situados en derredor de su boca, tiene un extraordinario poder de reproducción que le permite crear nuevos ejemplares de cualquier fragmento de su cuerpo, o por lo menos partiendo de un tentáculo.

—¿Es por eso que piensa combatirla utilizando el fuego y el

láser simultáneamente?

—En efecto, señor.

—No hay que olvidar —terció la profesora Dunia— que esas hidras segregan una sustancia eminentemente tóxica o letal por sus nematoblastos. Eso obliga no sólo a proteger a los hombres de ser alcanzados por el veneno, sino, y esto es más importante, poder neutralizarlo por completo.

Husz hizo un gesto de impaciencia y rezongó: —Todo eso está muy bien, pero las medidas son únicamente defensivas. ¿Es que vamos a cruzarnos de brazos esperando a que nuestro enemigo pase al ataque?

—De momento no podemos hacer otra cosa, señor —replicó con cierta sequedad el profesor Scopp.

—¡Pero no podemos quedarnos aquí eternamente!

Scopp se encogió de hombros como indicando que eso ya no era asunto de su incumbencia.

A la vista de aquel gesto y ante el silencio del profesor, Husz añadió visiblemente irritado:

—No se me encoja de hombros ni me venga ahora con evasivas, Scopp. Usted sabe muy bien que mientras eso esté a bordo yo no puedo, en conciencia, emprender el regreso a la Tierra.

—Sí, comandante, lo sé, pero...

—¿Es que le haría gracia —siguió diciendo el comandante, haciendo caso omiso de su interrupción— que tuviéramos que quedarnos en la ***Erid-Gamma 103*** para siempre, vagando por el espacio, hasta que nos muramos todos?

—No, claro. Sin embargo...

—¡Termine de una vez con sus objeciones y peros y hable con claridad, profesor!

Scopp carraspeó antes de contestar. Era evidente que le molestaban tanto la actitud como las exigencias del comandante.

—Por mucho que lo deseemos, señor —dijo al cabo—, no podemos ser nosotros quienes demos el primer paso atacando a una forma de vida cuya substancia básica ignoramos, pero cuya agresividad y posibilidades letales nos son bien conocidas.

—¿Y qué haremos? ¿Cruzarnos de brazos?

—Lo esencial, a mi juicio, es mantener a raya por el momento a la hidra. En el ínterin procuraremos descubrir la esencia

fundamental de la hidra de ELIP-1.002, para intentar después, ya con garantías de éxito, proceder a su destrucción total y absoluta.

Esta vez fue el comandante quien se encogió de hombros, como si la prudente actitud de Scopp le molestara. Dándose cuenta de ello, el científico añadió:

—De otro modo, si no obramos así, corremos el riesgo de favorecer quizá la multiplicación de lo mismo que necesitamos eliminar y que, si le damos una opor— tunidad, puede acabar con nosotros.

Husz frunció el entrecejo.

—Le comprendo, profesor, pero quiero que también me comprenda a mí. Tengo una misión que cumplir y no puedo permitir que nada ni nadie me aparte de ella.

Scopp hizo un además como si con él tratara de atajar el aluvión de palabras de su jefe, y dijo:

—Sé cuál es «nuestra» misión —dijo recalcando lo de nuestra por la parte que le incumbía a él y a los demás componentes de la expedición—. Por eso mismo puede estar seguro, señor, que tanto yo como los demás le comprendemos perfectamente.

—No se nota —rezongó Husz, mordiéndose el labio inferior—. Pero será mejor que pasemos ahora eso por alto.

El comandante clavó sus acerados ojos en los de Scopp y con tono seco, autoritario, añadió:

—Es preciso, profesor, ¿lo entiende usted?, es absolutamente preciso erradicar de la ***Erid-Gamma 103*** el peligro que representa tener a bordo un elemento cuya peligrosidad es tan manifiesta y que ya nos ha costado la pérdida de dos vidas.

—Sí, comandante —convino Scopp con gravedad—, y precisamente en eso estamos trabajando todos, pero insisto en que no es con precipitaciones como conseguiremos nuestro propósito.

—De acuerdo, pero tampoco lo lograremos con demasiadas vacilaciones y retrasos. Scopp hizo un gesto de impaciencia.

—Tiene que comprender una cosa, comandante. Al quedar aislada la zona del laboratorio experimental, al tener vedado el acceso a éste, hemos perdido la posibi— lidad de hacer pruebas para suministrar datos fehacientes a la computadora central.

—¿Sí? ¿Para qué la utilizan entonces?

El científico hizo una mueca de disgusto.

—Las teorías que elaboramos son sometidas a la computadora, la cual con tos escasos datos de que dispone, nos brinda todas las posibilidades, pero sin dar respuestas tajantes y del todo correctas. Sus contestaciones son tan hipotéticas como nuestras teorías.

—Entonces... ¿no tenemos posibilidades?

—Sí, comandante. Todavía las tenemos, pero desgraciadamente para nosotros la hidra está en una zona que tiene una importancia fundamental para nuestro trabajo. Ahora, y eso es lo más triste, sólo podemos apuntar teorías y someterlas a la computadora central esperando luego a que ésta nos conteste y nos diga hasta qué punto son ustedes susceptibles de encontrar un eco real.

El comandante Husz soltó un bufido. Se sentía igual que una fiera enjaulada cuyas embestidas contra los barrotes se revelasen siempre inútiles.

—Está bien —exclamó con aire de abatida resignación—. Hagan lo que puedan. Si no hay otro remedio esperaremos.

—No lo hay, señor.

Húsz alzó la diestra dando por cancelada la reunión y los presentes salieron del puesto de mando, dirigiéndose cada cual a su puesto de trabajo.

La amenaza de la hidra seguía cerniéndose sobre los tripulantes de la ***Erid-Gamma 103,*** la cual dadas las circunstancias, había pasado a situarse en órbita convirtiéndose en una especie de satélite del planeta ELIP-1.002 a fin y efecto de no consumir energía y estar en condiciones de reemprender el viaje de regreso a la Tierra en cuanto desapareciesen las condiciones amenazantes que entonces estaban en plena vigencia.

La hidra, reproduciéndose, continuaba en el laboratorio experimental de la nave terrestre. Y a bordo de ésta se mantenía la alerta roja.

* * *

Sanda pasó una mano por los despeinados cabellos del capitán Tane y susurró:

—Pareces muy cansado.

—Y lo estoy. Es verdad. ¡Cansadísimo!

Con gesto de abandono, el oficial reclinó la cabeza en el pecho tibio y acogedor de Sanda, aspirando con fruición el suave aroma que se desprendía del cuerpo de ella. Luego, como si hablara

consigo mismo, añadió:

—No puede decirse que sea una tarea fácil mantener a la tripulación durante varios días, casi una semana ya, bajo la tensión que provoca la alerta roja. Por lo general, cuando se decreta ésta le sucede una acción inmediata, violenta la mayor parte de las veces, y los nervios se desfogan, pero así...

El hombre runruneó agradecido a la caricia de las manos de Sanda, cuyos dedos continuaban jugando con los cabellos de Tane, que continuó hablando en el mismo tono.

—La gente empieza a dar señales de nerviosismo y de agotamiento. ¡No sé cuánto tiempo podremos seguir soportando una tensión tan intensa! ¡Acabaremos estallando!

Sanda siguió acariciándole los cabellos, sintiendo en sus senos el peso de la cabeza de él. Tane exhaló un suspiro y se removió como gato perezoso. Ella sonrió y le habló tierna y dulcemente, con suavidad de amante.

—No pienses ahora en tu trabajo. Relájate, querido.

—Imposible. La hidra no se me va de la cabeza.

—Pues piensa que tampoco ella debe estar pasándolo bien. Acusará la falta de alimentación...

—¿Tú crees? —cortó Tane, sarcástico.

—¿No es así?

El capitán movió la cabeza en sentido negativo.

—En la reunión que tuvimos ayer tarde —dijo a modo de aclaración—, el profesor Scopp nos habló a ese respecto.

—¿Y...?

Tane respondió con una mueca.

—Parece ser que esa maldita hidra puede vegetar el tiempo que le dé la gana, introducida incluso en una roca, que, dicho sea de paso, es como vino hasta aquí. No necesita de una determinada cantidad de alimentos para sobrevivir, aunque sí le haga falta para crecer, extenderse, reproducirse y proliferar.

Tane se incorporó sobre un codo y, mirándola a los ojos, con expresión abatida, añadió:

—El tiempo trabaja en su favor. No en el nuestro.

—¿Y no va a intentarse nada?

El capitán hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, mi jefe ha decidido quemar etapas y pasar al ataque,

aunque Scopp y los otros sabelotodo se muestran contrarios a hacer ningún intento mientras no sepan más sobre la hidra.

Sanda avanzó una mano para cerrar los labios del hombre, imponiéndole silencio.

—No sigas hablando, querido. Olvídate de la hidra y de todos esos problemas.

—¡Imposible! ¡Es más fuerte que yo!

Y, por primera vez desde que mantenían relaciones íntimas, el capitán Tane rechazó los brazos de la hermosa mujer.

Aquél no era tiempo de amar.

La amenaza que representaba la presencia a bordo de la hidra pesaba más sobre la conciencia del oficial que todos los deseos que podían acercarle a la hermosa Sanda.

CAPITULO VIII

Byw-Wall pasó revista al grupo de voluntarios.

Con el jefe de la sección de Destrucciones serian cinco en total. Todos ellos le mostraban las armas de que estaban provistos y Byw-Wall las verificó una tras otras, cuidadosamente, a sabiendas de lo mucho que iban a jugarse en aquel intento.

Cuando terminó la revisión, Byw-Wall se volvió hacia el comandante y, con tono firme, declaró:

—Todos dispuestos, señor. Podemos entrar cuando usted dé la orden.

—¿Están bien informados de lo que deben hacer y qué es lo que han de evitar?

—Sí, comandante.

A pesar de que tenía la certeza absoluta de que sus hombres estaban perfectamente impuestos de la tarea que habían de llevar a cabo y los peligros que habían de sortear, Byw-Wall no tuvo inconveniente alguno en repetir sus instrucciones, a modo recordatorio.

—Entraremos formando grupo y, una vez en el interior del laboratorio, sin separarnos en ningún momento ni circunstancia, buscaremos los sitios en que pueda haberse refugiado la hidra.

—¿Y si hubiera crías?

—Las buscaríamos del mismo modo, sin confiamos por la pequeñez de su tamaño, ya que sabemos que pueden crecer con mucha facilidad.

—Bien. ¿Qué más?

—Utilizaremos los lanzallamas para obligarlas a salir de sus posibles escondrijos. Así, una vez las tengamos al descubierto, procederemos a desintegrarlas con los rayos láser. Por eso, los dos

hombres que irán digamos en vanguardia abrirán el fuego' y los otros dos rematarán la operación.

El comandante hizo un gesto de asentimiento.

—Bien... Creo que puede funcionar. Siguieron unos segundos tensos.

El silencio se hizo denso y ominoso.

Byw-Wall y sus hombres aguardaban a que el comandante dijera algo más o les diese la orden de iniciar el ataque.

Lo que preocupaba al jefe de la nave terrestre se patentizó en la pregunta que hizo a continuación.

—¿Se ha tenido en cuenta la posibilidad de que alguien resulte afectado... que la hidra le alcance con uno o varios de sus tentáculos?

Byw-Wall asintió con un ademán y respondió con firmeza:

—En tal caso, sin la menor-vacilación, el hombre más cercano lo abatiría de inmediato.

El jefe de destrucciones hizo una leve pausa, e, impuesto de la gravedad de lo que iba a decir, añadió:

—Antes de aceptar formar parte de esta misión todos y cada uno de los voluntarios ha sido informado debidamente de los riesgos que se han de correr y de las posibles consecuencias. Nadie, ni yo ni mis hombres, puede llamarse a engaño... pase lo que pase.

Husz dejó escapar un gruñido.

—Perfectamente — dijo luego en tono inteligible—. En ese caso ya pueden iniciar la acción.

Y, mientras estrechaba la mano de Byw-Wall, agregó:

—Adelante y buena suerte... ¡a todos!

Byw-Wall irguió la cabeza y sacó pecho para saludar militarmente. Dio luego media vuelta y ordenó a los voluntarios:

—¡En marcha! ¡Vamos al laboratorio!

Los cinco hombres se pusieron en movimiento pasando por delante de sus camaradas, que permanecerían en los puestos de control y de vigilancia, en tanto que ellos se dirigían al interior del laboratorio de experimentación.

Al cubil de la hidra.

* * *

—Lo que van a hacer es una verdadera locura, comandante — dijo Scopp al ver como el grupo de voluntarios se detenía ante la

compuerta, herméticamente cerrada, que daba acceso al laboratorio —. Si algo sale mal… ¡Puede ser terrible!

Frunciendo el ceño y mirando al científico con cara de pocos amigos, el enfurruñado Husz replicó:

—Quizá tenga razón, profesor, pero no veo qué otra fórmula tenemos para acabar con la amenaza que representa esa maldita hidra a bordo de mi nave.

El comandante señaló entonces con el dedo a Scopp y en tono casi acusador, dijo:

—De todas maneras usted no me ha ofrecido ninguna otra alternativa. ¿O tiene algo mejor que proponerme?

Scopp movió negativamente la cabeza.

—Podemos seguir esperando…

—¿Esperando? —repitió Husz, estallando exasperado—. ¿Esperando a qué?

—A que encontremos esa fórmula que usted pedía, a que tengamos más datos y una base firme sobre la cual operar, a que sepamos algo más sobre la hidra…

Los ojos de Husz brillaron febriles mientras el comandante replicaba violento:

—Y mientras esperamos, ¿quién me garantiza que no habrá un tripulante que se ponga nervioso, cometa un error y provoque algo que permita a la hidra salir de la zona de aislamiento, donde la tenemos confinada ahora, invadiendo entonces la nave?

El científico se mordió el labio inferior, comprendiendo lo justo de aquel razonamiento, al que él no podía oponer ningún argumento válido. Su silencio rea— firmó al comandante en la decisión tomada y exclamó:

—¡No, Scopp! Esta situación no puede prolongarse ya por más tiempo. No podemos ni debemos continuar así, cruzados de brazos, reducidos a una pasividad que mina la moral de la tripulación. Hemos de hacer algo, pasar a la acción de inmediato porque cuanto antes tengamos resultados mejor será para todos.

«Mejor… o peor», pensó el profesor.

Ya se disponía Scopp a oponer sus razones contra lo que seguía considerando una locura y un riesgo innecesario, pero uno de los observadores se adelantó a sus palabras, cortando el diálogo que enfrentaba al científico con el jefe de la nave terrestre.

—¡Vea usted, mi comandante! —Dijo señalando a la pantalla del circuito interno de telecomunicaciones—. Los de destrucciones han entrado ya en el laboratorio.

Husz le volvió la espalda al profesor, rezongado:

—Usted diga o haga lo que le parezca, Scopp. Yo voy a ver cómo se las arreglan Byw-Wall y sus voluntarios para cazar a ese maldito animal.

Sin esperar respuesta por parte del científico, el comandante se situó delante de la pantalla para ver en ésta cuál iba a ser el desarrollo de los siguientes acontecimientos.

La mirada de acero de Husz quedó fija, clavada en el visor, poniendo en ello toda su atención.

Con vigilancia obsesiva.

Como si en ello le fuese la vida.

* * *

En la iluminada pantalla, el comandante Husz vio como el grupo de voluntarios, con Byw-Wall en el centro, avanzaba desde la compuerta de entrada, que se cerró inmediatamente a sus espaldas, aislándoles del resto de la nave.

La alerta roja seguía en vigor.

Los cinco hombres llegaron hasta el mismo centro de la estancia, deteniéndose allí, para seguir mirando vigilantes en todas direcciones a fin de descubrir al enemigo, para que éste no pudiera pillarles por sorpresa y les cogiera desprevenidos.

Estaban juntos, casi codo con codo, formando un bloque unido.

Los voluntarios de la sección de destrucciones empuñaban sus armas con decisión, prestos a entrar en acción apenas se produjera la menor señal de peligro.

Esperándola.

—No se ve a la hidra por ningún sitio —indicó uno de los voluntarios a Byw-Wall.

—Abrid bien los ojos —replicó el jefe de destrucciones—. Está aquí. Podéis estar seguros de ello.

Byw-Wall y sus hombres volvieron a ponerse en movimiento, lenta y cuidadosamente, vigilando dónde ponían los pies, como quien no está seguro del terreno que pisa, aunque en aquel caso se tratara de un suelo liso, opaco y plastificado, en el que no había la menor protuberancia ni resquicio alguno que permitiera a un

animal esconderse, agazaparse y estar al acecho para saltar sobre su presa, sorprendiéndola.

Viéndoles en aquella actitud, el comandante Husz tuvo un vago presentimiento.

Temió que Scopp estuviese en lo cierto y que algo pudiera salir mal.

—Esperemos que todo salga bien —musitó con fervor.

«Sí, esperémoslo», pensó a su vez el científico, aunque no lo expresara en voz alta.

En su interior, mentalmente, el profesor Scopp deseaba lo mismo que Husz, quizás incluso porque él tenía —o al menos creía tener razones válidas y suficientes para poner en duda el resultado de aquella operación, que le parecía inoportuna además de desesperada.

Una operación que podía llamarse «de limpieza», pero que, a juicio del científico, ofrecía más peligros que ventajas, aparte que, en su opinión, los riesgos no habían sido suficientemente valorados ni tenido en cuenta el alcance de un error.

«De todos modos —pensó Scopp mientras que, a su vez, fijaba la mirada en la pantalla—. Suceda lo que suceda ya es tarde para rectificar.»

Y así era, en efecto.

Byw-Wall y sus voluntarios estaban en el centro mismo del cubil de la hidra.

Así lo pensaban tanto los que se habían quedado fuera del laboratorio de experimentación, como los que estaban en su interior. Pero tanto los unos como los otros al referirse a su enemigo lo hacían en singular. Todos, incluido el propio profesor Scopp.

Los terrestres se referían al adversario como si se tratara de uno solo, de un único enemigo. ' Y sin embargo-Nadie parecía recordar ya las advertencias hechas en su momento por el zoólogo respecto a la extraordinaria facilidad de reproducción de la hidra de ELIP-1.002.

Tampoco se acordaban de las grandes posibilidades de regeneración existentes en el cuerpo de aquel monstruoso pólipo.

Las palabras, los avisos de Anthers habían quedado relegados al olvido. Y con eso cometían un grave error. Un error de consecuencias fatales. Mortales.

Scopp y el comandante Husz, al igual que los demás, aunque tenían conciencia de que la hidra podía reproducirse con facilidad no concedían apenas importancia a las crías que aquélla pudiese tener. Las consideraban poco menos que como seres inofensivos, presas tan fáciles de eliminar que no valía la pena molestarse en pensar en ellas.

Otro error y no menos grave que el primero.

Los terrestres estaban menospreciando al enemigo. Mejor dicho: a sus enemigos.

Y es que en el laboratorio de experimentación no había ya sólo una hidra, un único adversario.

El número de los monstruosos pólipos se había estado multiplicando después de haber absorbido la energía vital de los cuerpos de Lillit y Hill-Azer.

Los terrestres no tenían que enfrentarse a una sola hidra, de cuya peligrosidad no dudaban, y a unas crías prácticamente indefensas. Sus enemigos, a despecho del tamaño que pudiesen tener en un momento determinado, se contaban primero por decenas, luego fueron ya centenares...

Cuando Byw-Wall y sus voluntarios entraron en el recinto aislado, en el laboratorio, la hidra y sus crías se contaban por miles.

¡Eran millares!

Sólo que los hombres no alcanzaban a descubrirlas.

Lo malo, lo peor para Byw-Wall y sus voluntarios era que al entrar en el cubil de la hidra esperaban encontrar allí a un ser enorme, monstruoso, gigantesco. Ni por un momento llegaron a sospechar que el animal de ELIP-1.002, al reproducirse en circunstancias adversas, lo hiciera reduciendo su tamaño al mínimo, a formas elementales y casi unicelulares.

Las nuevas hidras, las crías de aquella que llegó a bordo en una muestra de roca, eran prácticamente invisibles para el ojo humano, pero en ellas conservaban todo el poder de adaptación de su madre, la capacidad de crecimiento, de reproducción...

Eran invisibles, sí, y por eso mismo terriblemente peligrosas para el ser humano, cuya sustancia vital codiciaban con la máxima voracidad.

Y hacia ellas, sin verlas, avanzaban los cinco hombres que al descubrir a la hidra madre creyeron haber encontrado ya al

enemigo, que podrían destruir y aniquilar con toda facilidad.

—¡Ahí está la hidra! —gritó Byw-Wall, señalando al pólipo.

De modo instintivo, por un gesto reflejo, los voluntarios apuntaron sus armas hacia el animal, dispuestos a matar.

A abrasarlo. Desintegrarlo.

CAPITULO IX

—¡Lanzallamas en acción! —gritó Byw-Wall con voz tenante.

Dos chorros de fuego brotaron como por ensalmo de las armas que empuñaban tos voluntarios de vanguardia. Incidieron sobre el cuerpo de la hidra nacida en ELIP-1.002, que se retorció bajo su impacto en fuertes convulsiones y crujió de modo ominoso al convertirse en pasto de las llamas.

Unas formas diminutas, semejantes a pequeñas crisálidas de gusano, se dejaron caer desde el techo del laboratorio de experimentación sobre los agresores de la hidra.

—¡Dispuestos los láser! —siguió ordenando Byw-Wall.

Los voluntarios de vanguardia retrocedieron para ceder su puesto a sus dos camaradas que, obedeciendo la orden de su jefe, apuntaron las pistolas láser al defor— me amasijo en que se estaba convirtiendo la hidra inflamada.

Del techo seguían cayendo crisálidas de hidra. El monstruo de ELIP-1.002 sufría ya los efectos de los rayos láser y estaba siendo desintegrado, pero sus crías alcanzaban los objetivos tan codiciados por su voraz condición.

Ninguno de los hombres se dio cuenta cabal de lo que en realidad estaba sucediendo y de que, de continuar así, a no tardar mucho ellos iban a correr la misma suerte de Lillit o Hill-Azer.

Byw-Wall y sus voluntarios se reunieron en torno a la diminuta porción de polvo a que había quedado reducida la hidra.

—¡Y pensar que esto ha causado tantos problemas y preocupado a nuestros científicos!

Las palabras del jefe de destrucciones estaban impregnadas de un cierto matiz despectivo. Su acción acababa de demostrarle la eficacia de las armas y confirmado en su opinión sobre aquellos a

los que él llamaba «los sabelotodo».

Con gesto triunfante, Byw-Wall se volvió de cara a uno de los objetivos que, en los ángulos de la estancia, le estaban enfocando y transmitiendo imágenes y sonido a la pantalla en que estaban siendo observados por el comandante Husz, Scopp y los hombres del control.

El jefe de destrucciones alzó la diestra en un gesto de triunfo y exclamó complacido:

—El enemigo ha dejado de existir. ¡Misión cumplida! Husz dejó escapar un suspiro de alivio.

—Buen trabajo, Byw-Wall. Busquen ahora si hay alguna cría de ese monstruo.

Elimínenlas y salgan de ahí. Ordenaré que se levante la alerta roja.

—Muy bien, señor. Vamos a iniciar la segunda fase.

Y Byw-Wall se giró para proceder a la limpieza definitiva del laboratorio de experimentación.

Pero del techo habían seguido cayendo crisálidas que ya estaban mordiendo los cuerpos de sus víctimas. Mordiendo, alimentándose... y creciendo.

* * *

—Sus temores eran infundados, profesor Scopp.

—Celebro que haya sido así, comandante.

La enorme tensión en el grupo de los observadores cesó en cuanto éstos oyeron decir al comandante que iba a suspender la alerta roja. Los hombres se relajaron y respiraron aliviados.

El peligro había pasado ya y la normalidad volvería a imperar a bordo de la ***Erid-Gamma 103.***

El comandante Husz entró de inmediato en comunicación con la cabina de mandos, en donde había dejado a su lugarteniente. Su imagen sustituyó en la pantalla a la del interior del laboratorio.

—¿Ha seguido todas las incidencias, Tane?

—Sí, mi comandante. Lo he visto en pantalla todo el tiempo.

—Muy bien. Ahora transmita mi felicitación a todo el personal de a bordo por la disciplina con que han actuado. Adopte luego las medidas de precaución elementales.

—¿Se levanta ya la alerta roja?

—Sí, capitán. El peligro ha cesado.

Tane se mordió el labio inferior, como si no estuviese tan seguro ni tranquilo como su comandante, pero, militar disciplinado, acató la orden que acababa de recibir.

—Perfectamente, señor —dijo—. ¿Vuelve usted al puesto de mando?

—No, capitán. Me quedaré aquí para recibir a Byw-Wall y sus voluntarios. Creo que debo felicitarles personalmente. Gracias a su decisión y valentía ha pasado el peligro.

El capitán Tane asintió a las palabras de su superior y, dirigiendo un guiño de complicidad a la bella San-da, que había permanecido a su lado durante aquellos momentos de peligro, abrió todas las conexiones para transmitir la felicitación del comandante Husz a la tripulación de la ***Erid-Gamma 103.***

En pantalla estaba ahora la cara del capitán Tane y seguía sin verse la del interior del laboratorio de experimentación.

* * *

Byw-Wall sintió que algo le escocía en la espalda y se dio en ésta un fuerte manotazo. Notó que había golpeado algo muelle y que como reacción había au— mentado el escozor. Giró entonces la cara hacia atrás y vio que uno de los voluntarios, armado con un lanzallamas, movía la cabeza y los brazos de una forma que no tenía nada de natural, presa de extrañas convulsiones.

—¡Qué te sucede, Jok?

—No lo sé, señor… Me escuece… ¡Es muy molesto!

Byw-Wall se alarmó al oír aquellas palabras que coincidían con sus propias sensaciones.

Movido por el instinto, el jefe de destrucciones apartó la mirada del llamado Jok para ver qué hacían los otros voluntarios. Uno de los que empuñaban el láser movía el brazo armado con gestos alocados, agitado por espasmos intermitentes y virulentos.

—¡Cuidado, Byrtil! —le gritó—. ¡Se te puede disparar el láser y alcanzarnos a uno de nosotros.

Un aullido de dolor obligó a Byw-Wall a mirar a otro de los hombres que con el lanzallamas en la mano corría hacia la compuerta para golpeada violentamente, reclamando a grito pelado que le dejaran salir de allí.

—¡Abridme! ¡No puedo soportarlo! ¡Me arde todo el cuerpo! ¡Esto no hay quien lo aguante!

Todo el horror de aquel instante pasó de modo fugaz por la mente de Byw-Wall.

—¡La hidra! —gimió—. ¡La hemos aniquilado, pero sus crías están en nosotros!

Entran en nuestros cuerpos!

Desesperados, Byw-Wall corrió hacia la compuerta de salida del laboratorio, que empezaba a abrirse a requerimiento del voluntario que pedía salir de aquel infierno.

—¡Quédate dónde estás, Kongh! —le gritó Byw-Wall—. ¡No salgas o contaminarás a todos los demás!

Lleno de pánico, el fugitivo percibió cómo un tentáculo de hidra se prolongaba por su nuca, creciendo, y le alcanzaba la oreja izquierda entrando en ésta y produciéndole una sordera absoluta al par que un penetrante zumbido le invadía el cerebro.

Byw-Wall seguía gritándole que no saliera.

—¡Me obligarás a disparar contra ti, Kongh! Pero el fugitivo no le oía.

El dolor superaba todas las demás sensaciones y el instinto de conservación le empujaba a salir. Como fuera… a costa de lo que fuese. Kongh se arrojó fuera del laboratorio en el preciso instante en que su jefe disparaba contra él su láser.

El rayo letal alcanzó al fugitivo parcialmente y de lleno a uno de los observadores que había acudido a recibirle.

Byw-Wall no se molestó en ver qué les sucedía a sus otros hombres. Lo sabía sin necesidad de mirar. El tenía un deber que cumplir y, fiel a su misión, corrió hacia la compuerta apuntando nuevamente el láser *z* quienes le salían al encuentro.

El jefe de destrucciones se agitaba presa de espasmos y convulsiones, como si cien aguijones perforasen su piel, adentrándose en su cuerpo, mordiéndole la carne y buscando el camino hacia los órganos vitales. Sus párpados se inflaron y la nariz quedó taponada. El dolor en su pecho era cada vez más intenso. Abrió la boca para gritar…

No pudo pronunciar una sola palabra. Como una horrible y viscosa mordaza, un tentáculo de hidra se adentró aprisionándole la lengua, impidiéndole hablar, emitir un solo sonido. Privándole de respirar.

Y Byw-Wall se desplomó en el umbral mismo de la salida del

laboratorio sin haber llegado a disparar su láser por segunda vez.

* * *

El comandante Husz estaba satisfecho de que las cosas hubieran salido tal y como él había planeado. Su complacencia tenía mucho de orgullo al permitirle, en adelante, tratar con menos deferencia al profesor Scopp que en aquel caso había dado muestras de excesiva prudencia y que con sus dudas y vacilaciones les estaba obligando a todos a permanecer bajo una tensión excesiva imposible de sostener.

«Esto le servirá de lección —pensó Husz, mirando de reojo al científico, gozándose con su triunfo—. Ahora se lo pensará dos veces antes de llevarme la contraria,»

En ese preciso instante se oyeron los gritos que daba Kongh, uno de los voluntarios de destrucciones, que pedía salir del laboratorio.

Como el comandante había ordenado ya se levantara la alerta roja, a nadie se le ocurrió verificar por la pantalla la situación en el interior del laboratorio.

La puerta se abrió y Kongh se arrojó de cabeza al suelo. Las sorpresas se iniciaron en ese momento.

Primero fueron tos gritos de Byw-Wall que apareció disparando su láser, cuyos rayos alcanzaron a un observador y a Kongh. Después fue el grito de repulsión de un observador al agacharse sobre los caídos y sentir en su piel el contacto viscoso de un tentáculo.

—¡La hidra! —aulló—. ¡Está aquí!

Instintivamente, el comandante Husz dio un paso atrás y eso le permitió ver como Byw-Wall caía en el umbral y quedaba atravesado presa de fuertes convulsiones hasta quedar inmóvil por completo.

Scopp gritó desesperado:

—¡Alerta roja! ¡Impóngala otra vez, comandante!

El pánico había hecho presa a Husz y ni una sola voz salió de su garganta, lo que dio tiempo a los restantes voluntarios a salir del laboratorio llevando consigo las crías de la hidra, que así pudieron pasar a los cuerpos de sus nuevas e indefensas víctimas.

El científico trató de arrebatar un láser a uno de los enloquecidos voluntarios, pero con su desesperado acto sólo logró que el hombre, creyéndose amenazado, en— loquecido a su vez por

el dolor que le atenazaba, disparase el rayo letal contra Scopp desintegrándole en un santiamén.

El contacto viscoso y repulsivo de un pólipo al asentarse en él, provocó al fin la reacción del comandante, Sabiéndose perdido y con él cuantos se hallaban en aquel sector, corrió hasta el transmisor para llamar al puesto de mando y avisar de la nueva situación.

—¡Atención, capitán Tane! ¡Responda inmediatamente! ¡Restablezca la alerta roja!

¡Repito: alerta roja otra vez!

Con voz entrecortada, balbuceando casi las órdenes, Husz siguió pidiendo el restablecimiento de la alerta roja.

—Amplíese la zona de aislamiento más allá del laboratorio de experimentación... Cierren todos los accesos al sector donde yo me encuentro... Las crías de hidra son casi invisibles... ¡Máximas precauciones al atacarlas! ¡No lo olvide, Tane! ¡No cometa el mismo error que yo!

Tratando de sobreponerse al tremendo dolor en que se estaba sumergiendo, el comandante Husz desenfundó su láser y, sin miramiento alguno comenzó a disparar en torno suyo, alcanzando con los rayos letales a todos los hombres que le rodeaban y que, como él, habían sido alcanzados por el mortal enemigo llegado de ELIP-1.002.

* * *

Después de transmitir a la tripulación las felicitaciones de su comandante, Tane había cerrado los canales de comunicación exceptuando tan sólo el que le mantenía en contacto con su superior.

Sin embargo, la presencia de la hermosa Sanda, su turbadora proximidad, le hizo descuidar la vigilancia y no seguir observando lo que ocurría en el laboratorio y sus aledaños.

Al capitán Tane le resultaba más atrayente acariciar el cuerpo de aquella preciosidad y besar sus jugosos labios, que escuchar a su jefe.

Mientras Tane abrazaba a la bella mujer y acariciaba sus sugestivos encantos físicos, no pudo por menos de pensar en la orden dada por su jefe inmediato.

«Comparto las ideas del profesor Scopp y creo que debía ser un

poco más prudente…»

Aquel pensamiento fue cortado por un beso apasionado e intenso de Sanda, que, recostándose sobre él, le ofrecía su cuerpo turgente y prometedor.

Una voz angustiada, resonando a través del altavoz interrumpió el curso de la escena amorosa.

El capitán Tane se incorporó de un salto al oír lo que ordenaba su jefe, al entender que el peligro no sólo no había cesado como creyeran, sino que estaba extendiéndose por la nave.

Las primeras medidas de Tane fueron restablecer la alerta roja y ampliar la zona de aislamiento. Después mandó llamar a su presencia a la profesora Dunia, la ayudante del ya difunto profesor Scopp.

—He tenido que hacerme cargo del mando de la nave —dijo a modo de saludo—. Cuantos estaban con el comandante y Scopp, así como Byw-Wall y sus voluntarios deben darse por perdidos. Es más, en estos momentos —añadió con gesto de tremenda amargura deben estar sirviendo de alimento a nuestros enemigos.

A continuación, el capitán Tane explicó a la profesora Dunia en qué circunstancias se había producido aquel desastre y la informó de tos pocos detalles que pudo reunir al respecto.

—Quisiera impedir que esa maldita hidra siguiera avanzando. Es más, tenemos que evitarlo o acabaremos sirviéndole todos de pasto. Lo sucedido demuestra que Scopp tenía razón al querer obrar con mayor prudencia y no atacar a la hidra hasta estar seguro de poder vencerla. Su desaparición y la de los demás no hace sino confirmar que estaba en lo cierto y que el equivocado fue el comandante Husz.

Tane hizo una breve pausa y, mirando de hito en hito a la científica, añadió:

—Yo no quiero cometer los mismos errores. Por eso requiero su ayuda. Forme equipo con Brukialzer y Anthers. Hagan ustedes lo que quieran. Busquen. Exijan soluciones a la computadora. Todos en la nave quedamos a la espera de lo que ustedes decidan, pero piense que hemos de erradicar de aquí a esas malditas hidras o no saldremos vivos de esta misión.

El semblante de la profesora, entristecido por la noticia de la muerte de Scopp, se animó al oír las palabras del capitán Tane, que

mostraba una actitud radicalmente opuesta a la que en su momento adoptó el egocéntrico y orgulloso comandante Husz.

—Cuente con nosotros, capitán. Haremos lo que podamos, pero no nos pida que hagamos milagros.

Tane sonrió con amargura.

—Yo no le pido milagros, profesora. Sólo que entre unos y otros podamos salvarnos. Los dos se miraron en silencio por unos instantes, luego la científica murmuró:

—Voy a reunirme con Brukialzer y Anthers. Nos pondremos al trabajo inmediatamente. En cuanto tengamos algo positivo se lo comunicaremos.

—Estupendo. Y mientras tanto, para no correr riesgos innecesarios, se mantendrá la alerta roja y el aislamiento de todo el sector correspondiente al laboratorio y sus accesos más inmediatos.

La profesora Dunia abandonó el puesto de mando dejando solos en éste a Sanda y el capitán.

La mujer le miraba con admiración y extendió los brazos hacia él, ofreciéndole el refugio de su cuerpo.

Tane la miró un instante con deseo, pero luego, con visible malhumor, exclamó:

—Tendremos que dejarlo para otro momento. Ahora no estoy de humor para esa clase de juegos.

* * *

El capitán examinó con detenimiento el modelo que habían ideado los tres científicos.

—¿Creen que servirá? —les preguntó. Anthers respondió por los otros y por él:

—Confió en que sí, capitán, pero además es la única posibilidad que se nos ocurre de entrar en el terreno invadido por las hidras y estar en condiciones de eliminarlas sin que ellas puedan alcanzar a ninguno de los atacantes, como sucedió con Byw-Wall y sus voluntarios.

Tane miró otra vez aquel modelo.

Era un traje de una sola pieza, hecho de material plástico brillante, que disponía de una especie de ventanilla también de plástico, pero éste transparente, situada a la altura de lo que correspondía a la cabeza. Contaba además con un dispositivo que había de suministrar oxígeno a quien lo vistiera, de forma y manera

que pudiera moverse con absoluta autonomía dentro de un ambiente gasificado e irrespirable para el ser humano. Un regulador de presión completaba el equipo adicional de la vestimenta, provista de fuertes zapatones que se ajustaban herméticamente a los tobillos. Las manos estarían dentro del traje, en lo que parecían guantes y que facilitaba el que en todo momento el hombre pudiese accionar sus dedos con entera libertad.

El capitán emitió un gruñido de satisfacción.

—Bueno, esperemos que dé resultado.

—Lo dará, capitán —aseguró la profesora Dunia—. Hemos calculado todas las posibilidades de las hidras y sus crías para alcanzar a un ser humano y hemos llegado a la conclusión de que este traje se lo impedirá. El plástico que lo reviste es lo suficientemente duro como para impedir que pueda penetrar a través, y es también lo bastante resbaladizo en el exterior como para evitar que ninguna hidra pueda afianzarse y esperar ser sacada de la zona de aislamiento.

Tane hizo un gesto de asentimiento y preguntó:

—¿Cómo han pensado que podemos atacar? El zoólogo fue otra vez quien tomó la palabra.

—Nosotros no utilizaremos los lanzallamas para hacer salir de sus escondrijos a las hidras adultas y a las — crías.

—¿Entonces qué?

—Podemos obtener el mismo resultado de otro modo, al tiempo que provocamos una disminución de su potencia física, de su agresividad de forma y manera que queden algo así como atontadas. Después de eso sólo habrá que utilizar el láser para desintegrarlas definitiva y absolutamente. Tane había fruncido el entrecejo y preguntó: —¿De qué manera esperan conseguir lo primero? j El zoólogo sonrió.

—Sencillamente, por medio de un ataque biológico combinado con gases letales.

—Explíquese.

—Es muy sencillo, capitán. Si les ponemos un cebo, un animal de sangre caliente, las hidras irán hasta él buscando su fluido vital. Ese será el momento idóneo para gasificar el ambiente mediante un combinado fuertemente letal a base de iperita y fosgeno, o cloruro de carbonilo. Las hidras no podrán respirar un aire así contaminado

y saldrán de sus escondrijos a la búsqueda de oxígeno. Mantendremos la acción del gas el tiempo suficiente para debilitar al enemigo y a continuación entrará un equipo, vestidos con esos trajes de seguridad, que utilizarán los rayos láser para acabar de una vez por todas con el enemigo, sin dejar viva ni una cría.

Tras unos instantes de meditación, Tane exclamó:

—De acuerdo. Preparen los trajes necesarios. ¿Cuántos voluntarios harán falta? Los tres científicos se miraron y la profesora Dunia respondió titubeante:

—No sé. Dos o tres bastarán.

—¿No hacen falta más?

—No lo aconsejo, capitán. Piense que después tendrán que ser verificados hasta la saciedad y destruidos los equipos que hayan llevado durante el desarrollo de esa misión. Aseguraremos al máximo las imposibilidades de ulterior contaminación.

—Bien. En ese caso sólo necesitaré pedir dos voluntarios que me acompañen. La profesora Dunia iba a protestar, pero Tane se le adelantó.

—Designaré a mi sucesor por si acaso me sucediera algo, pero dadas las circunstancias considero que el jefe debe ser el primero en dar ejemplo. Y yo no voy a rehuir mi obligación.

Todos comprendieron aquellas razones y nadie se opuso a sus palabras, aunque Sanda, angustiada, se despidiese de él poco después como si nunca más fueran a verse.

* * *

A través del plástico de su capucha, Tane contempló horrorizado el espectáculo que ofrecían los cuerpos devorados por las hidras convertidos en descarnadas-osamentas. Sus labios se contrajeron en una mueca de asco y apretó el fusil láser que llevaba en la mano.

El capitán giró el rostro para ver cuál era la reacción de sus hombres y, por la actitud de éstos, comprendió que ambos debían estar pensando lo mismo que él.

El enemigo tenía que ser aniquilado sin piedad.

Apenas acababa de tomar, aquella decisión implacable cuando Tane se fijó en cómo caían del techo una especie de gusanos diminutos sobre sus dos acompañantes y sonrió complacido al verles resbalar por el plástico y caer al suelo.

Apuntó hacia ellos con el índice, señalando a los dos voluntarios

dónde estaba el objetivo.

Al instante los láseres entraron en acción.

Por docenas, veintenas, centenas, las hidras adultas o en estado de larva sufrieron el impacto de los rayos que, desintegrándolas, eliminaban el peligro que re— presentaban.

Carentes de aire respirable? envenenadas por la combinación de gases letales, todas las hidras sufrieron los efectos de los rayos que las redujeron a polvo casi impalpable.

Durante varios minutos, los dos hombres y el capitán Tane siguieron buscando a sus enemigos, a los que, más astutos o resistentes que los demás, podían haber escapado al gas y los rayos láser.

Una vez quedó satisfecho del resultado alcanzado, sabiendo que estaba siendo observado desde el exterior del laboratorio a través de la pantalla, alzó la diestra en señal de triunfo e hizo un gesto indicando que debía pasarse ya a la segunda fase de la operación.

La compuerta de acceso se abrió el espacio preciso para que desde fuera se les entregaran sendos pulverizadores, cargados con una mezcla de sulfuro de carbono y de fósforo líquido, que habían de purificar por completo la zona.

Lo que podría llamarse desinfección del sector duró más de media hora, habida cuenta la forma concienzuda con que trabajaron el capitán Tane y sus hombres.

Las hidras adultas y sus larvas habían dejado de existir. Completa y definitivamente.

¡Los hombres habían vencido!

Cuando el capitán Tane estuvo seguro de que el peligro a bordo había quedado totalmente erradicado salió del recinto sometido a aislamiento y, tras haberse despojado de aquel equipo que, a su vez iba a ser desintegrado, abrazó a Sanda, la mujer con la que esperaba compartir su futuro.

Un futuro que estuvo a punto de no existir.

FIN